

MARK TWAIN

Las aventuras de Tom Sawyer

Dicento Joven > NOVELA

ZIG-ZAG



LAS AVENTURAS DE TOM SAWYER

MARK TWAIN

ILUSTRACIONES DE
MARIO IGOR

ZIG-ZAG

Viento Joven

ISBN edición impresa: 978-956-12-2955-6.

ISBN edición digital: 978-956-12-21840-0.

53ª edición: septiembre de 2019.

Obras Escogidas

I.S.B.N.: 978-956-12-3128-3.

54ª edición: septiembre de 2019.

Versión abreviada de: Sonia Montesino.

Editora General: Camila Domínguez Ureta.

Editora Asistente: Camila Bralic Muñoz.

Director de Arte: Juan Manuel Neira Lorca.

Diseñadora: Mirela Tomicic Petric.

© 2011 por Empresa Editora Zig-Zag, S.A.

Inscripción N° 200.339. Santiago de Chile.

Derechos exclusivos de la presente versión reservados para todos los países.

Editado por Empresa Editora Zig-Zag, S.A.

Los Conquistadores 1700. Piso 10. Providencia.

Teléfono (56-2) 2810 7400.

E-mail: contacto@zigzag.cl / www.zigzag.cl

Santiago de Chile.

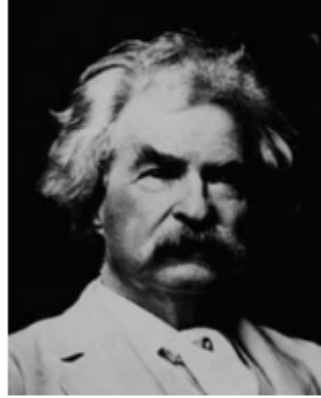
Diagramación digital: ebooks Patagonia

www.ebookspatagonia.com

info@ebookspatagonia.com

El presente libro no puede ser reproducido ni en todo ni en parte, ni archivado ni transmitido por ningún medio mecánico, ni electrónico, de grabación, CD-Rom, fotocopia, microfilmación u otra forma de

Palabras preliminares



Vida y obra de Mark Twain

Mark Twain es el seudónimo con que Samuel Langhorne Clemens llegaría a ser conocido en el mundo literario.

Samuel nació en Florida, en el estado sureño de Missouri. Su padre se dedicaba a especular en tierras, ocupación lucrativa en un país en plena etapa de expansión y de incorporación de nuevos territorios. Florida era apenas un puesto fronterizo a orillas de un afluente del río Misisipí. Este contacto, durante la niñez, con los caudalosos ríos del sur, influiría para siempre en el escritor.

Cuando Samuel tenía cuatro años, su familia se trasladó a Hannibal. El pequeño poblado estaba en las riberas mismas del Misisipí. Allí transcurrió la infancia de Samuel, de la que el escritor extraería las vivencias para sus grandes novelas: *Las aventuras de Tom Sawyer* y *Las aventuras de Huckleberry Finn*.

La muerte del padre puso brusco fin a la infancia dichosa. Samuel, de doce años, se vio obligado a

ganarse la vida, para lo cual ingresó como aprendiz en la imprenta de uno de sus hermanos mayores. Allí empieza pronto a colaborar en un periódico. Escribe viñetas y breves rellenos humorísticos, que muestran ya la liviandad y el humor que caracterizarían a sus obras.

Pero iba a tener que esperar hasta los veintidós años para lograr la oportunidad con que había soñado: ser piloto de un barco fluvial. Según confesó en una de sus obras autobiográficas esta actividad le agradó y satisfizo "más que ninguna de cuantas tuvo después", y fue fundamental para su formación de escritor.

La Guerra de Secesión interrumpe el tráfico de los vapores por los grandes ríos. Samuel vuelve entonces al periodismo y, como millares de sus compatriotas, se deja tentar por la posibilidad de enriquecerse rápido, para lo cual viaja al Oeste en busca de minas de plata.

En 1865 publica su primer relato: "La famosa rana saltarina del distrito de Calaveras".

Continúa viajando como corresponsal. Primero hacia el Pacífico, a Hawái; luego a Europa y al Cercano Oriente. Su vida errante se interrumpe en 1867, cuando se casa con Olivia Langton. Se establece entonces en Hartford, en el estado de Connecticut. Allí vivirá hasta 1890. Durante estos veintitrés años escribirá el grueso y lo mejor de su obra.

Su primera novela apareció en 1869: *Inocentes en el extranjero*. Pero Twain no conoció el éxito hasta la publicación, tres años más tarde, de su segunda novela: *Pasándolo mal*. En esta obra el escritor –a quien ya se le conoce por su seudónimo– aprovecha la rica experiencia de haber tenido que ganarse duramente la vida cuando la guerra civil le impidió continuar siendo piloto fluvial.

Pero el éxito definitivo lo obtiene en 1876, con *Las aventuras de Tom Sawyer*. La obra describe la traviesa infancia dorada de un niño que vive a orillas del Misisipí.

En cierto modo, esta novela se completa con la aparición, ocho años después, de *Las aventuras de Huckleberry Finn*. Su protagonista, al contrario de Tom Sawyer, es un niño indigente, que debe luchar salvajemente por su existencia.

Tal vez al crear a Tom y a Huck, Twain quiso dar vida a las fuerzas antagónicas que luchaban en él mismo. Tom, símbolo del hijo de familia semiacomodada, con esclavos negros a sus órdenes, sujeto a la disciplina de la escuela y del hogar, a horarios de estudio, de comidas y de sueño. Huck, símbolo del niño vagabundo, hijo dudoso de un borrachín de pueblo, que vive libremente, sin orden ni horarios de ninguna especie.

En 1882 aparece *El príncipe y el mendigo*. Twain es ya un escritor conocido y en plena madurez, que al año siguiente publicará otra de sus obras autobiográficas: *Vida en el Misisipí*. En ella narra sus años de piloto fluvial.

Unos años después, en 1889, su temática da un vuelco con la publicación de *Un yanqui en la corte del rey Arturo*. El protagonista de la novela es trasladado a la Inglaterra medieval para que la industrialice. Un cataclismo tecnológico la destruye.

Tras esta sátira de la revolución industrial, Twain vuelve a su personaje favorito: en 1894 publica *Tom*

Sawyer en el extranjero, y en 1896, *Tom Sawyer, detective*.

Twain ha logrado fama y dinero, el que pierde en especulaciones y malos negocios. Para recuperarse se transforma en un gran conferenciante que hace largas giras. Estas experiencias las vierte en *Siguiendo el Ecuador*, su última obra, publicada en 1897.

Pero Mark Twain ya no es el escritor rebosante de buen humor y vitalidad. La muerte de su hija Joan, en 1896, le ha afectado profundamente.

Así, rodeado de fama, pero sumido en un negro pesimismo, Twain muere en 1910.



Nota del autor

La mayor parte de las aventuras relatadas en este libro han sucedido: una o dos me ocurrieron a mí; el resto, a muchachos que fueron mis compañeros de escuela. Huck Finn está tomado del natural; Tom Sawyer, también; pero no de una sola persona. Es una combinación de los rasgos característicos de tres jovencitos conocidos míos.

Todas las raras supersticiones a que se hace alusión existían en la época de esta historia entre los niños y los esclavos en el Oeste.

Aunque este libro esté escrito principalmente para entretenimiento de muchachos y muchachas, espero que no por eso haya de ser desdeñado por los mayores, pues entró también en mi propósito el intento de hacer que ellos recordaran con agrado cómo fueron en otro tiempo y cómo sentían y pensaban y hablaban, y en qué curiosos apuros se vieron a veces enredados.

-¡Tom!

Silencio.

-¿Dónde estará metido ese niño?... ¡Tom!

La anciana se bajó los anteojos y miró alrededor del cuarto. Esos anteojos eran su mayor orgullo y los usaba, más que por su utilidad, como adorno. Se quedó perpleja por un instante y dijo sin cólera, pero en tono bastante alto:

-Te aseguro que si te echo mano, te voy a...

No terminó la frase, pues ya estaba agachada dando escobazos debajo de la cama. Al único que consiguió echar de allí fue al gato.

-¡No he visto nadie igual a ese chico!

Fue hasta la puerta y recorrió con la mirada las matas de tomate y las hierbas del jardín. No había sombra de Tom.

-¡Tom! -gritó fuerte.

Sintió tras sí un ligero ruido y se volvió justo para atrapar al niño por la chaqueta y detenerlo.

-¡Que no se me haya ocurrido pensar en la despensa! ¿Qué estabas haciendo ahí?

-Nada.

-¿Nada? Mírate esas manos, esa boca. ¿Qué es eso pegajoso?

-No sé, tía.

-Yo sí lo sé. Es dulce. Te he dicho mil veces que si no dejas en paz ese dulce, te voy a despellejar vivo. Dame esa vara.

-¡Mire lo que tiene detrás, tía!

La anciana giró, recogiendo las faldas, y en ese momento Tom escapó, se encaramó por la cerca de tablas y desapareció. Tía Polly pareció sorprendida, pero después rió bondadosamente.

“¿Cuándo acabaré de aprender las mañas de este diablo!” pensó. “Las viejas somos más tontas que

nadie. Parece que adivina hasta dónde puede molestarme sin que me enoje, y sabe que si logra desconcertarme o hacerme reír no será capaz de pegarle. No cumplo mi deber con este niño: esa es la verdad. Es el hijo de mi hermana difunta, y cada vez que no le corrijo me recuerda la conciencia; y cuando lo hago se me parte el corazón. Esta tarde faltará a clases y mañana tendré que hacerle trabajar como castigo, pues aborrece el trabajo. Es duro obligarlo a trabajar los sábados, cuando todos los niños descansan; pero tengo que ser dura con él, si no, será su perdición”.

Tom faltó a clases y lo pasó fantástico. Volvió a casa justo para ayudar a Jim, el negrito, a aserrar la leña y a hacer astillas, y para contarle sus aventuras mientras éste hacía tres cuartas partes del trabajo. Sid, el hermanastro de Tom, un muchacho tranquilo, ya había dado fin a su tarea de recoger astillas. Mientras Tom cenaba y robaba terrones de azúcar cuando su tía no lo miraba, ésta le hacía preguntas maliciosas. Como toda persona sencilla, creía poseer una gran diplomacia y miraba sus evidentes artificios como maravillosas astucias.

—Tom, ¿hacía mucho calor en la escuela? —le preguntó.

—Sí, señora.

—Muchísimo calor, ¿verdad?

—Sí, señora.

—¿Y no te dieron deseos de nadar?

Tom sintió una alarmante sospecha. Examinó la cara de su tía, pero no sacó nada en limpio.

—No muchos, tía —contestó.

La anciana palpó su camisa.

—Pero ahora no tienes demasiado calor.

Se quedó satisfecha al descubrir que la camisa estaba seca, sin dejar traslucir lo que pensaba. Pero Tom ya sabía por dónde soplaban el viento.

—Con algunos amigos nos estuvimos mojando la cabeza —dijo—. Aún la tengo húmeda, ¿ve usted?

A tía Polly le disgustó no haber notado ese detalle acusador; pero encontró un nuevo argumento.

—Dime, Tom, ¿no tuviste que descoser el cuello de la camisa para mojarla la cabeza? ¡Desabróchate la chaqueta!

Tom se abrió la chaqueta: el cuello estaba bien cosido.

—¡Estaba segura de que habías faltado a la escuela y te habías ido a nadar! Tom, eres mejor de lo que pareces.

Le dolía un poco que su sagacidad hubiera fallado; pero se alegraba de que el niño hubiera sido, por una vez, obediente.

-Mire -dijo Sid-, yo diría que el cuello estaba cosido con hilo blanco y ahora es negro.

-¡Cierto! ¡Lo cosí con hilo blanco! ¡Tom!

-Esto te va a costar una buena paliza, Sidy -amenazó Tom desde la puerta y escapó.

"Si no es por Sid, no lo descubre -se dijo Tom-. ¡Concho! A veces lo cose con blanco y otras con negro. Así no hay quien lleve la cuenta. Pero Sid me las va a pagar."

Al poco rato había olvidado sus pesadumbres, no porque no fueran amargas sino porque un nuevo interés las apartó de su pensamiento: el arte de silbar. Un negro lo había adiestrado y quería practicar a solas las distintas variaciones. La perseverancia lo hizo dar con las entonaciones precisas, y así caminó regocijado y con la boca rebosante de armonías.

De pronto dejó de silbar: tenía enfrente un muchacho un poco más alto que él. Un recién llegado era siempre una

curiosidad en el poblado de San Petersburgo. Era asombroso que anduviera bien vestido, a pesar de que no era un día festivo. Su chaqueta y sus pantalones eran nuevos y elegantes. Usaba sombrero, zapatos y corbata. En toda su persona había un aire de ciudad que le dolía a Tom como una injuria. Mientras más lo contemplaba, más desprecio iba sintiendo por esas galas y más andrajosa le parecía su propia vestimenta. Estaban cara a cara, mirándose sin pestañear. Si uno se movía, también lo hacía el otro.

-¿Y tú, cómo te llamas? -dijo al fin Tom.

-¿Y a ti qué te importa?

-Vas a ver si me importa.

-¿Por qué no te atreves?

-Si hablas mucho, ya lo verás.

-¡Mucho... mucho!

-Te crees muy gracioso; pero si quiero, con una sola mano te puedo dar una tunda.

-¡A que no me la das!

-¡Vaya un sombrero!

-Atrévete a tocármelo.

-Eres un mentiroso.

-Más lo eres tú.

-Si me dices cosas agarro una piedra y te la tiro en la cabeza.

-¡A que no!

-Tienes miedo.

-Más tienes tú.

Hicieron una pausa, mirándose y dando vueltas. Después se empujaron hombro con hombro.

-Ándate de aquí -ordenó Tom.
-Ándate tú -le contestó el otro.
-No quiero.
-Yo tampoco.





Siguieron empujándose y lanzándose miradas furibundas. Ninguno sacaba ventaja. Después de forcejear y enfurecerse, cedieron cautelosamente.

–Eres un miedoso y un mamón –dijo Tom–. Se lo contaré a mi hermano grande, que te puede deshacer con el dedo meñique.

–No me importa tu hermano. Tengo uno mayor que el tuyo, y si lo agarra, lo tira detrás de esta cerca.

Con el dedo gordo de su pie, Tom hizo una raya en el polvo y amenazó:

–Atrévete a pasar de aquí. Soy capaz de pegarte hasta que no puedas levantarte. El que se atreva gana.

El forastero traspasó la raya diciendo:

–A ver si haces lo que dices.

–¡A que sí! Lo haría por dos pesos.

El recién llegado sacó dos pesos y burlonamente se los alargó. Tom los tiró al suelo. Entonces ambos rodaron, revolcándose

por la tierra. Forcejearon por un minuto, tirándose el pelo y las ropas, arañándose como gatos y

golpeándose hasta

quedar cubiertos de polvo y de gloria. Luego reapareció Tom, a través de la polvareda de la batalla, sentado sobre el forastero y moliéndolo a puñetazos.

—¡Date por vencido!

El otro luchaba por liberarse. Estaba llorando de rabia. Finalmente dijo:

—Me doy.

—Para que aprendas —le dijo Tom soltándolo—. Otra vez ten ojo con quien te metes.

El vencido se marchó sollozando y de cuando en cuando se volvía para amenazar a Tom. Éste se burló de él y echó a caminar orgullosamente. Pero su rival le arrojó una piedra que le pegó en la espalda y luego corrió como un antilope. Tom lo persiguió hasta su casa y estuvo un tiempo en el jardín, desafiándolo a salir. El otro se contentó con sacarle la lengua y hacerle muecas detrás de los vidrios de las ventanas. Entonces apareció la madre del forastero y le dijo a Tom que era un malo, un ordinario y que se marchara. Tom lo hizo prometiendo que ese chico se las pagaría.

Esa noche llegó muy tarde a su casa y al encaramarse por la ventana cayó en una trampa que le tenía su tía, la cual, al ver cómo traía las ropas, reafirmó su idea de cambiarle el descanso del sábado por arresto y trabajos forzados.

2

El sábado, el mundo veraniego amaneció lleno de vida. Todas las caras parecían alegres y cantarinas, y los cuerpos, ansiosos de movimiento. La fragancia de las acacias en flor saturaba el aire. El monte de Cardiff, que se alzaba junto al pueblo, cubierto de vegetación, invitaba al reposo y al ensueño.

Tom salió a la calle con un cubo de pintura y una brocha. Miró la cerca y se entristeció. Le pareció que la vida no tenía sentido. Suspiró y mojando la brocha la pasó por un tablón. Repitió varias veces la operación y comparó la insignificante superficie pintada con la enorme cantidad de cerca sin pintar, y se sentó descorazonado. Jim abrió la puerta; llevaba un balde y cantaba alegremente. Para Tom era

aborrecible acarrear agua desde la fuente del pueblo, pero ahora no le pareció así. Recordó que allí nunca faltaba compañía: había siempre jóvenes de ambos sexos, blancos, mulatos y negros, esperando turno; y entretanto, vagaban, reñían y bromeaban. Jim, a pesar de que la fuente estaba cerca, nunca volvía antes de una hora.

—Jim —le dijo Tom—, yo traeré el agua si tú pintas una parte de la cerca.

—No puedo, amo Tom —le contestó—. El ama vieja me ha mandado y no puedo entretenerme con nadie. Dijo que creía que el amo Tom me pediría que pintase y que yo tenía que ocuparme sólo de lo mío... que ella pintaría.

—No le hagas caso, Jim. Siempre dice lo mismo. Dame el balde y vuelvo de inmediato. Ni se va a enterar.

—No me atrevo. El ama me cortará el pescuezo.

—¿Ella? No le pega a nadie. Amenaza mucho, pero no hace daño. Jim, te daré una bolita blanca.

Jim vaciló.

—Una blanca, Jim; y es de primera.

—¡Se ven pocas de ésas! Pero tengo mucho miedo del ama vieja.

La tentación era muy grande y la carne de Jim, muy débil. Puso el balde en el suelo y tomó la bolita. Pronto iba volando calle abajo con el balde en una mano y un gran escozor en las posaderas. Tom pintaba con rabia, y la tía Polly se retiraba con una zapatilla en la mano y el brillo de la victoria en los ojos.

La energía de Tom duró poco. Apenado, pensó en las diversiones que había planeado. Los chicos que tenían el día libre pasarían retozando y se reirían de él. Esa idea le encendía la sangre. Revisó las cosas que tenía en los bolsillos, pero no eran suficientes como para cambiarlas por media hora de libertad. Sin embargo, tuvo una magnífica inspiración. Tomó la brocha y trabajó. En ese momento apareció Ben Rogers, cuyas burlas eran las más temibles. Venía comiendo una manzana, dando saltos, alegre y divertido, imitando a un vapor del Misisipí. Era buque, capitán y campana de la máquina. Lanzaba un alarido y luego repetía: "tilín, tilín, tilón".

Tom siguió pintando, sin hacer caso del vapor. Ben lo miró un rato y dijo:

—¡Je, je! Las estás pagando, ¿ah?

Tom no respondió y examinó su último toque con mirada de artista, dio otro brochazo y repitió el gesto. Ben atracó a su lado. A Tom se le hizo agua la boca ante aquella manzana, pero siguió su trabajo.

—¡Hola, compadre! —saludó Ben—. ¿Te hacen trabajar hoy?

—¡Ah! Eres tú, Ben. No te había visto.

—Me voy a nadar ¿no te gustaría venir? Pero, claro, seguramente te gustará más trabajar.

—¿A qué llamas trabajo? —le preguntó Tom.

-¿Lo que haces no es trabajo?

Tom reanudó su pintura y le contestó distraídamente:

-Puede que sí y puede que no. Lo único que sé es que a Tom Sawyer le gusta.

-¿Me vas a hacer creer que a ti te gusta?

-¿Gustar? ¿Y por qué no? ¿Tú crees que dejan a un chico pintar una cerca todos los días? -preguntó Tom sin dejar de mover la brocha.

Ben dejó de mordisquear la manzana. Tom continuaba pintando, se retiraba dos pasos y admiraba sus brochazos, añadía un toque por aquí y otro por acá y se detenía para ver el efecto. Ben no lo perdía de vista, cada vez más interesado.

-Oye, Tom -le dijo después de un rato-, déjame pintar un poco.

-No, no puedo. Mi tía Polly es muy exigente con esta cerca porque da a la calle. Hay que hacerlo con mucho cuidado; creo que no hay un chico entre mil que pueda pintarla como se debe.

-Vamos, déjame que pruebe, un pedacito no más.

-Te dejaría; pero Jim quiso hacerlo y tía Polly no lo dejó, tampoco a Sid.

-Lo haré con cuidado. Mira, te doy el corazón de la manzana.

Tom le entregó la brocha y se sentó a comer la manzana, planeando el degüello de otros inocentes. Cuando Ben se cansó, Tom ya había vendido el turno siguiente a Billy Fisher, por un volantín; luego, a Johnny Miller por una rata muerta, y así siguió por horas. Al finalizar la mañana, estaba lleno de riquezas, lo había pasado muy bien, en grata compañía, y la cerca ¡tenía tres manos de pintura! Pensó que después de todo, el mundo no era un páramo. Había aprendido que para que alguien deseara una cosa, sólo había que hacerla difícil de conseguir, que el trabajo es un deber y que el juego no es obligatorio.

3

Tom fue donde su tía Polly. La anciana dormitaba, sentada junto a la ventana, y se sorprendió al

escuchar decir a su sobrino:

-¿Me puedo ir a jugar, tía?

-¿Tan pronto? ¿Cuánto has pintado?

-He pintado todo, tía.

-No me mientas, Tom.

-Es cierto, tía. La cerca está lista.

La tía Polly fue a cerciorarse por sí misma. Su asombro fue indescriptible al ver toda la cerca pintada y repasada varias veces.

-¡Nunca lo hubiera creído! ¡Alabado sea Dios! Trabajas bien cuando te lo propones, lo que ocurre pocas veces. Bueno, anda a jugar, pero no tardes una semana en volver -y, emocionada, le dio una manzana de la despensa.

Se fue saltando y vio a Sid subiendo la escalera exterior de la casa. Cogió unas piedras y Sid sintió una granizada sobre su cuerpo. Antes que tía Polly fuera a socorrerlo, Tom se había esfumado detrás de la cerca.

Se encaminó rápidamente a la plaza, donde dos bandos de chicos habían convenido librar una batalla. Tom era el general de uno de los ejércitos y Joe Harper, su amigo del alma, del otro. Ambos generales dirigían el combate dando órdenes a sus ayudantes de campo. El bando de Tom salió victorioso, y luego de contar los muertos, canjear los prisioneros y acordar la próxima batalla, Tom regresó a su casa.

Al pasar junto al jardín de Jeff Thatcher, vio a una niña desconocida de trenzas rubias, ojos azules y vestida con un delantal blanco. El recuerdo de Amy Lawrence desapareció por completo de su corazón: se había creído locamente enamorado, había dedicado meses a su conquista y hacía una semana que ella se había rendido haciéndolo sentirse el más feliz de los chicos, y ahora, en un instante, la había despedido de su corazón.

Cuando vio que la niña lo miraba, fingió no advertir su presencia y estuvo por un rato adoptando absurdas poses para ganar su admiración. Por el rabillo del ojo vio que la niña se dirigía a la casa. Tom se acercó a la verja y esperó que se detuviera. Ella se detuvo un momento en los escalones y avanzó hacia la puerta. Tom suspiró y su cara se iluminó al ver que la chica arrojaba un pensamiento antes de desaparecer. Corrió hacia la flor y se la puso en el ojal. Volvió a la verja y rondó por la casa hasta la noche, haciendo sus piruetas como antes; pero la niña no se asomó. Al fin, se marchó de mala gana y con la cabeza llena de ilusiones.

Durante la cena estuvo tan inquieto que su tía se preguntó "¿qué le pasa a este muchacho?" Trató de robar azúcar y recibió un golpe.

-Tía, a Sid no le pegas cuando lo hace.

-No, porque no me atormenta como tú. Si no te vigilo, no sacarías los dedos del azúcar.

La tía fue a la cocina. Sid alargó la mano hacia el azucarero, y éste se le cayó haciéndose pedazos. Tom se quedó en silencio, loco de alegría, pensando que cuando su tía preguntara por el destrozo, él se complacería de ver al "modelo" atrapado. La anciana volvió y montó en cólera, y en ese mismo instante Tom cayó al suelo. La mano vengativa iba a dar otro golpe y Tom gritó:

-¿Por qué me pega? ¡Sid lo ha roto!

Tía Polly quedó perpleja y sólo dijo:

-No te hará mal la tunda, seguro que has hecho otra pillería mientras no estaba aquí.

Le remordió la conciencia y deseaba decirle algo cariñoso; pero eso sería reconocer que había obrado mal, y continuó sus quehaceres con un peso sobre el corazón. Tom se agazapó en un rincón, exagerando su pena. Sentía una triste alegría imaginando a su tía, arrodillada ante él. Se veía a sí mismo agonizando y a su tía mendigando su perdón; pero moría sin que el perdón saliera de sus labios. También, se veía ahogado en el río y a ella gimiendo e implorando a Dios le devolviera a su chico, jurando que no volvería a tratarlo mal. Esos ensueños lo hacían llorar y acariciaba de tal modo su tristeza que no toleraba la alegría terrena.

Cuando su prima Mary entró, contenta de volver, después de haber estado una semana en el campo, Tom se levantó y salió sumido en tinieblas. Vagó por parajes solitarios y llegó al río. Se sentó sobre unos troncos y contempló la corriente, deseando morir en ella. Después se acordó de su flor. La sacó estrujada y la cía y entonces su melancolía creció. Se preguntó si ella se compadecería, si lo supiera. ¿Lloraría? ¿Lo abrazaría? ¿O le volvería la espalda, como el resto de la humanidad? Esta visión le causó un delicioso sufrimiento y la evocó varias veces. Al fin se levantó suspirando y caminó por la oscuridad hasta llegar a la casa de la amada desconocida. Vio un débil resplandor en la ventana del segundo piso, saltó la verja y miró largo rato hacia la ventana. Después, se tendió en el suelo, con las manos cruzadas sobre el pecho y encima, la flor marchita. Así pensó morir, abandonado y sin una cara amiga que se inclinara sobre él en el trance final. ¿Cuando ella lo viera por la mañana, dejaría caer una lágrima?

La ventana se abrió, la voz de una criada rompió el silencio y un diluvio de agua empapó al héroe, quien se irguió resoplando. Se oyó el zumbido de una piedra y un estrépito de cristales rotos. Una pequeña forma fugitiva saltó la verja y se perdió en las tinieblas.

Al acostarse, Tom miró sus ropas mojadas. Sid se despertó y prefirió no hacerle ningún comentario personal, al advertir en sus ojos un brillo amenazador.

Después del desayuno tía Polly reunió a la familia para las oraciones. Tom se esforzó por aprender los versículos del Sermón de la Montaña, y al cabo de media hora sólo tenía una vaga idea de la lección. Su mente revoloteaba por cualquier lugar. Mary le tomó la lección y él trató de recordarla:

–Bienaventurados los pobres... de espíritu, porque ellos...

–De ellos...

–Porque de ellos será el reino de los cielos. Bienaventurados los que lloran, porque ellos... ¡no sé lo que sigue!

–Recibirán...

–Bienaventurados los que recibirán, porque... ellos llorarán... ¿Qué recibirán? ¿Por qué eres tan tacaña y no me lo dices, Mary?

–No es por hacerte rabiar. Vuelve a estudiar y lo aprenderás, y si lo haces te regalaré algo precioso.

–Dime qué me regalarás, Mary.

–Eso no importa. Sabes que cuando prometo algo es verdad.

Con el estímulo de la ganancia se aprendió rápidamente el sermón. Mary le regaló una flamante navaja Barlow, que era incapaz de cortar algo; pero era una Barlow genuina y en eso radicaba su importancia. Tom comenzaba a hacer unos cortes en la mesa cuando lo llamaron a vestirse para ir a la escuela dominical.

Mary lo lavó y peinó y le entregó el “otro traje”, el que había usado todos los domingos durante dos años. Una vez vestido, la muchacha le cepilló el traje y le puso un sombrero de paja. Tom se sentía atrocamente incómodo: había en su vestimenta y en la limpieza una sujeción que lo atormentaba. Tuvo la esperanza de que Mary olvidaría los zapatos; pero ella se los trajo relucientes. Tom protestó porque siempre lo obligaban a hacer lo que no quería y Mary le respondió que fuera un buen chico.

Los tres niños marcharon a la escuela dominical, que Tom aborrecía y que encantaba a Sid y a Mary. Al llegar a la puerta Tom se encontró con un compinche, endomingado como él:

–Oye, Bill, ¿tienes un vale amarillo?

–Sí.

–¿Por qué lo cambias?

-¿Qué me ofreces?

-Un anzuelo.

-Muéstralo.

Bill aceptó. Después Tom habló con todos los muchachos que llegaban y cambió diversas cosas por vales de todos

colores. Entró en la iglesia, se sentó y comenzó a reñir con un muchacho, a molestar a otro, hasta que el maestro lo reprendió. En todas las clases Tom era igual: peleador, inquieto y ruidoso. Cuando tuvieron que dar las lecciones ninguno se las sabía bien, pero fueron saliendo del paso y a cada uno se le recompensaba con vales azules. Los vales tenían diversos precios según las oraciones que cada uno supiera, y por diez vales amarillos, que equivalían a dos mil versículos, el maestro regalaba al alumno una Biblia. Mary y un chico alemán

habían logrado, después de un arduo trabajo, obtener el regalo. Tom nunca había codiciado tal premio; pero sí anhelaba el prestigio que traía consigo.

El señor Walters -un ser enjuto de unos treinta y cinco años, de cuello almidonado y tieso- se colocó frente al púlpito con un libro de himnos cerrado, pidió silencio y dijo:

-Ahora, niños, quédense sentados, derechitos y quietos, y escúchenme con atención. ¡Así me gusta! Veo a una pequeña que mira por la ventana: parece que cree que estoy afuera, en los árboles, dando un discurso a los pajaritos (risitas de aprobación). Les diré el gozo que siento ante tantas caritas alegres reunidas aquí, aprendiendo a hacer buenas obras...

Y siguió haciendo una oración cuyo modelo jamás cambiaba. Al final, su discurso se estropeó porque los chicos reanudaron sus peleas, y el oleaje de los murmullos llegaba hasta las rocas más inmovibles, como Sid y Mary. El ruido sólo cesó cuando se extinguió la voz del señor Walters.

Los cuchicheos se habían producido por un extraño acontecimiento: la llegada de visitas. Estas eran el abogado Thatcher, un anciano decrepito, un caballero de pelo gris y su esposa, una solemne señora que llevaba una niña de la mano. Tom había estado intranquilo y lleno de remordimientos: no podía cruzar su mirada con la de Amy Lawrence. Pero la llegada de aquella niña lo inundó de dicha y pronto se hallaba aplicado a la tarea de fascinar a la muchacha. El recuerdo de su humillación en el jardín había sido borrado por la felicidad que ahora lo inundaba.

Los visitantes ocuparon los sitios de honor de la iglesia y el señor Walters los presentó: el señor de pelo gris era nada menos que el juez del condado. Los niños pensaban de qué sustancia estaría formado y temían que rugiera. Había venido desde Constantinopla y sus ojos habían visto el mundo. El silencio era solemne. El gran juez Thatcher era el hermano del abogado de la localidad. Jeff Thatcher se acercó al juez con gran familiaridad, para despertar la envidia de la escuela.

El señor Walters se puso a la altura de las circunstancias, dando órdenes a todo el mundo. El bibliotecario corrió con brazadas de libros, haciendo todos los aspavientos que deleitan a las autoridades insignificantes. Las instructoras se inclinaban melosamente sobre escolares a los que acababan de tirar las orejas, levantando dedos amenazadores a los muchachos malos y dando amorosas palmaditas a los buenos. Todos los presentes “presumían” de mil maneras y el gran hombre seguía sentado, irradiando una sonrisa judicial sobre la concurrencia, admirando su propia grandeza, pues él también “presumía”. Sólo faltaba, para completar el placer del señor Walters, dar el premio de la Biblia y exhibir un fenómeno. Ningún escolar tenía los vales amarillos necesarios y hubiera dado todo por tener, en ese instante, a aquel muchacho alemán.

Cuando ya no tenía esperanzas, Tom Sawyer se adelantó con nueve vales amarillos, nueve rojos y diez azules y solicitó una Biblia. Walters se sorprendió, pero no quedaba más remedio. Tom fue elevado de inmediato al sitio que ocupaban el juez y los demás elegidos. Todos los chicos estaban muertos de envidia y los que más sufrían eran los que le habían cambiado sus vales.

El señor Walters entregó el premio a Tom con toda la ceremonia de tales casos; pero sin espontaneidad, por la desconfianza que le inspiraba el chico. Amy Lawrence estaba orgullosa; pero Tom no la miraba. La muchacha, que no adivinaba la causa, se turbó primero y luego tuvo una vaga sospecha. Vigiló atentamente y percibió una mirada furtiva que le encogió el corazón y le hizo sentir celos y rabia de Tom.

Cuando Tom fue presentado al juez, tenía la lengua paralizada y respiraba con dificultad. Era el padre de “ella” y hubiera querido adorarlo. El juez le puso la mano en la cabeza y le preguntó su nombre:

–Tom.

–No, Tom, es...

–Thomas.

–Pero serás Thomas algo ¿no?

–Dile tu apellido –dijo Walters–; y dile, además, señor. No olvides las buenas maneras.

–Thomas Sawyer, señor.

–¡Muy bien! ¡Buen muchacho! Dos mil versículos son muchísimos y no te arrepentirás de haberlos aprendido. El saber es lo que más vale en el mundo. Tú serás, algún día, un hombre grande y virtuoso y mirando atrás dirás: “Todo se lo debo a la escuela dominical; al señor Walters que me alentó; ¡todo lo debo a haber sido bien educado! No darías, ni por todo el oro del mundo, esos dos mil versículos. Y ahora, ¿quieres decirnos algo de lo que sabes? Sé que lo dirás. Seguramente sabes los nombres de los doce discípulos: ¿cómo se llamaban los dos primeros que fueron elegidos?

Tom se ruborizó y bajó los ojos. Mister Walters sudaba y pensaba: “¿En qué hora se le ocurrió

interrogarlo!”

–Contesta al señor, Thomas. No tengas miedo –le dijo.

Tom permaneció mudo.

–A mí me lo dirás –dijo la señora–. Los nombres de los dos primeros discípulos fueron...

–¡David y Goliat!

5

Como todos los lunes, Tom amaneció afligido. Era el comienzo de otra semana de escuela, la vuelta a la esclavitud y al grillete.

Pensó en las alternativas que tenía de enfermarse; pero no encontró ninguna. De pronto descubrió que se le movía un diente. Dejó esa excusa para otro momento pues su tía, si se lo mostraba, se lo sacaría inmediatamente. Tenía herido un dedo del pie y le pareció un buen argumento. Rompió a sollozar. Sid dormía plácidamente. Se quejó más fuerte, pero Sid seguía roncando. Finalmente, Tom, indignado, lo sacudió y comenzó a sollozar de nuevo.

–¡¿Qué te pasa, Tom?! –dijo Sid al despertarse y al verlo tan adolorido agregó–: Voy a llamar a la tía.

–No. Ya se me pasará.

–Me da miedo que llores así, Tom. ¿Por qué no me avisaste antes? ¡No te quejes de ese modo que me pones la carne de gallina! ¿Qué te pasa?

–Te perdono todo lo que me has hecho, Sid. Cuando me muera... Perdono a todos y dale mi gato tuerto a esa niña que acaba de llegar...

Tom estaba ahora sufriendo de verdad, sus quejidos eran lastimeros. Sid bajó corriendo las escaleras:

–Tía Polly, corra. ¡Tom se está muriendo! –gritó.

–¿Muriendo? ¡Pamplinas! No lo creo.

Pero empalideció y subió rápido las escaleras con Sid y Mary tras ella.

–Tom, ¿qué te pasa?, ¿qué tienes?

-¡Ay, tía, tengo irritado el dedo del pie!

La anciana se sentó y estuvo entre la risa y el llanto.

-¡Qué susto me has dado! -le dijo-. Basta de tonterías y a levantarse rápido.

-Tía, me dolía tanto el dedo que ni me importaba lo del diente.

-¿Qué es lo que le pasa al diente?

-Se me mueve y me duele muchísimo.

-Abre la boca. Bueno, se mueve, pero no te morirás. Mary, tráeme un hilo de seda y un tizón encendido.

-¡No tía, no me lo saques! ¡Ya no me duele!

-¡Todo el alboroto ha sido porque no quieres ir a la escuela!

Tía Polly le sacó el diente y el camino a la escuela tuvo su compensación: los muchachos lo elogiaban por su nueva manera de escupir. Después se encontró con el niño paria de aquel entonces, Huckleberry Finn, hijo del borracho del pueblo. Huckleberry era temido por las madres porque era ordinario y malo y porque sus hijos lo admiraban. A Tom también le habían prohibido jugar con él. Por eso, cada vez que podía, lo hacía. Huckleberry vestía andrajosas ropas de adulto, era el primero en sacarse los zapatos en primavera y el último en ponérselos en el otoño. Iba adonde quería, dormía en las puertas de las casas y cuando llovía, en barriles vacíos; no iba a la escuela ni a la iglesia; no reconocía amo; jugaba y nadaba cuando se le venía en gana. En suma, tenía todo lo que puede hacer placentera la vida. Así lo pensaban los chicos decentes de San Petersburgo.

Tom lo saludó y el proscrito dijo:

-Mira, tengo un gato muerto.

-¡Qué tieso está! ¿Dónde lo encontraste?

-Se lo cambié a un chico por un vale azul y una vejiga que me dieron en el matadero. El vale se lo conseguí a Ben Rogers por un bastón.

-Huck, ¿para qué sirven los gatos muertos?

-Para curar verrugas.

-Yo conozco algo mejor: agua de yesca. Lo supe porque Bob Tanner la usó. Metió la mano en un tronco podrido donde había agua de lluvia.

-¿Con la cara vuelta al tronco? ¿Y dijo alguna cosa?

-No lo sé.

-¡Eso no sirve! Tiene que ir a medianoche, tumbarse en el tronco, meter la mano y decir: ¡Tomates, tomates y lechugas; agua de yesca, quítame las verrugas! Después hay que dar tres vueltas y marcharse sin hablar a nadie, si no se rompe el hechizo.

-Pero, dime: ¿cómo lo haces con los gatos muertos?

-Tomas el gato y cerca de medianoche vas al cementerio, donde hayan enterrado a alguien muy malo; a esa hora vendrá un diablo, o varios, y se lo llevarán. Uno no los ve, pero los siente. Cuando se lo están llevando, le tiras el gato y dices: ¡Diablo, sigue al muerto; gato sigue al diablo; verruga, sigue al gato! Y no queda ninguna. Yo no lo he probado, pero me lo dijo la tía Hopkins.

-Entonces será cierto, porque dicen que es bruja.

-¡Es bruja! Yo lo sé porque embrujó a mi padre. Me contó que un día lo estaba embrujando y él le tiró un peñasco, que la vieja lo esquivó. Esa misma noche, cuando dormía borracho, rodó por un tejado y se rompió un brazo.

-¡Qué tremendo! ¿Cómo supo que lo estaba embrujando?

-Mi padre lo sabe enseguida. Dicen que cuando a uno lo miran fijo, lo están embrujando, y más si cuchichean, porque entonces están rezando el Padre nuestro al revés.

-Huck, ¿cuándo vas a probar con ese gato?

-Esta noche. Apuesto a que esta noche se llevan a Hoss Williams.

-Pero lo enterraron el sábado. ¿No se lo llevarían esa misma noche?

-¡Vamos! ¡No ves que no tienen poder hasta medianoche y para entonces ya es domingo! Y creo que los diablos no andan los domingos. Si no tienes miedo, acompáñame.

-¡Miedo! ¿Maullarás?

-Sí, y tú me contestas con otro maullido.

-¿Qué tienes ahí, Huck?

-Nada; una garrapata que saqué del bosque. Pero no quiero cambiarla.

-Bueno, es una garrapatilla que no vale nada. Yo podría tener mil, si quisiera.

-Pero no las tienes, porque no puedes. Esta es una garrapata muy temprana. Es la primera del año y a mí me gusta.

-Te doy mi diente por la garrapata.

-Trato hecho.

Tom guardó la garrapata en una caja de pistones y partió a la escuela. Al llegar se precipitó en su asiento. El profesor, que dormitaba en su gran silla desfondada, se despabiló con el ruido.

-¡Thomas Sawyer! ¡Como de costumbre, llega tarde!

¡Venga!

Tom iba a mentir, pero vio dos trenzas rubias que reconoció por magnetismo y dijo:

-Estuve conversando con Huckleberry Finn.

-¿Qué has estado haciendo? -le dijo el profesor con una mirada atónita.

-Hablando con Huckleberry Finn.

-Thomas Sawyer, es lo más horrible que he oído; no basta la palmeta para tal ofensa. Quitate la chaqueta.

El maestro lo castigó hasta que se le cansó el brazo, y luego le ordenó:

-Ahora, como escarmiento, te sentarás junto a las niñas.

Tom más que por las burlas, se ruborizó por su buena suerte: el único banco vacío en el lado de las niñas era el que estaba junto a "ella". Se sentó inmóvil entre los cuchicheos de los alumnos, hasta que la atención se apartó de él y el zumbido acostumbrado de la escuela se elevó en el sopor de la mañana.

Después de varias tentativas, en que Tom le dejaba un durazno a la niña y ésta lo rechazaba, logró su objetivo. Luego, ocultó con la mano izquierda un papel y se puso a dibujar. La niña, curiosa, quiso ver lo que hacía. Tom le mostró, a medias, el dibujo lamentable de una casa.

-Es bonita -le dijo la niña-. Haz un hombre.

Tom dibujó una especie de grúa, delante de la casa; pero la niña no era crítica.

-Es un hombre muy bonito -le comentó, satisfecha del monstruo, y agregó-: Ahora, píntame a mí llegando.

Tom dibujó un reloj de arena con una luna llena encima, dos palos abajo y los dedos desparramados en un abanico.

-¡Qué bien! ¡Ojalá yo supiera pintar!

-Es fácil, yo te enseñaré al mediodía. ¿Almuerzas en tu casa?

-Sí, pero me puedo quedar.

-Muy bien. ¿Cómo te llamas?

-Becky Thatcher.

-A mí, cuando me pegan, me llaman Thomas Sawyer; pero tú llámame Tom, ¿quieres? -y escribió algo, ocultándolo.

-Muéstrame lo que escribiste -le pidió Becky.

-No es nada, no necesitas verlo.

-Déjame.

-¿No se lo dirás a nadie? Jura que no.

Becky negó con la cabeza, pero Tom se resistía. Entonces, la niña tomó su mano, trató de coger el papel y, arrebatándoselo, descubrió estas palabras: te amo.

-¡Eres un malo! -le dijo, le dio un manotazo y se puso roja, pero, a pesar de todo, parecía contenta.

En ese instante Tom sintió que un implacable torniquete le apretaba la oreja y lo levantaba entre las

risas de los alumnos, depositándolo en su asiento. Aunque le dolía la oreja, su corazón estaba lleno de gozo. Trató de estudiar y atender a sus lecciones, pero el alboroto de su cabeza se lo impedía.





6

Finalmente, desistió de concentrarse en las materias. Suspirando pensó que la salida del mediodía no llegaría nunca. Era un día soñoliento y aplastante y el murmullo de los alumnos, estudiando todos a la vez, adormecía como el zumbido de las abejas. Sacó del bolsillo la caja con la garrapata y la liberó encima de la mesa. El insecto emprendió el camino de la libertad, pero Tom lo desvió con un alfiler. Joe Harper, sentado a su lado y aburrido como él, encontró

que la entretención era buena y lo ayudó con otro alfiler a cambiar el rumbo de la prisionera. Así se lo pasaron, absortos, hasta que el profesor los reprendió. Al llegar el mediodía, Tom voló donde Becky y le dijo al oído:

–Ponte el sombrero y di que vas a casa. Cuando llegues con tus compañeras a la esquina, te arrancas, das la vuelta por la calle y vienes aquí. Yo iré por el otro camino y haré lo mismo.

Se reunieron al final de la calle. Se sentaron juntos y Tom guió con su mano la de Becky que sostenía el lápiz. Crearon otra sorprendente casa. Cuando se aburrieron de eso, conversaron.

–¿Te gustan las ratas? –le preguntó Tom, y como ella le dijera que no, continuó–: A mí me gustan muertas, para hacerlas girar por la cabeza.

–A mí me gusta la goma de mascar –dijo Becky.

–A mí también. ¡Ojalá tuviera!

–Yo tengo. Te dejaré masticarla un rato, pero tienes que devolvérmela.

Masticaron por turnos. Felices, balanceaban sus piernas.

–¿Has ido al circo? –preguntó Tom.

–Sí, y si soy buena, mi papá me llevará otra vez.

–Yo he ido cientos de veces. La iglesia no vale nada en comparación con el circo. Voy a ser payaso cuando sea grande.

–¡Qué bien! Me encantan, todos pintados.

–Y ganan mucho dinero. Becky, ¿has estado comprometida?

–¿Qué es eso?

–Comprometida para casarte. ¿No te gustaría hacerlo?

–Me parece que sí, ¿pero qué significa?

–Solo decirle a un chico que lo querrás nada más que a él y, entonces, besarse.

–¿Para qué besarse?

–No sé, siempre hacen eso cuando son novios. ¿Te acuerdas de lo que escribí? Dímelo, Becky.

–No lo quiero decir ahora... mañana.

–Ahora, Becky. Yo te lo diré, bajito.

Tom la cogió por el talle y murmuró la frase pegado a su oído; luego le pidió:

–Dímelo tú.

–Lo haré si vuelves la cara y no me miras. Pero no tienes que decírselo a nadie –y tímidamente murmuró–: Te amo.

Después huyó y se cubrió la cara con el delantal. Tom la persiguió y la tomó del cuello, suplicándole que lo besara. Poco a poco ella cedió. Tom le besó los labios y luego le dijo:

-Después de esto, ya lo sabes: eres mi novia y tienes que casarte conmigo. ¿Quieres?

-Sí, me casaré contigo y tú lo harás conmigo.

-Cuando vengas de la escuela o te vayas, te acompañaré cuando nadie nos vea, y en las fiestas tenemos que escogernos, porque así se hace cuando son novios.

-No lo había escuchado nunca.

-Es muy divertido. Si supieras lo que Amy y yo...

-¡Tom! ¡No soy tu primera novia! -exclamó Becky llorando.

-No llores, ella nada me importa -dijo Tom confuso.

-Sí, tú sabes que te importa.

Tom trató de abrazarla, pero ella se escabulló sollozando. Intentó persuadirla varias veces y ante sus negativas se dio media vuelta y se fue. Se quedó por allí un rato, nervioso, esperando que Becky fuera a su encuentro; pero ello no ocurrió. Se afligió pensando que era culpable y decidió ir a buscarla. La niña continuaba llorando; Tom se acercó vacilante y le dijo:

-Becky, sólo tú me gustas -y como ella seguía gimiendo, sacó una bolita de latón y agregó-: tómala, por favor.

Becky tiró el regalo al suelo. Tom se marchó hacia las colinas, como para no regresar ese día a la escuela. Ella, desesperada, gritó:

-¡Tom! ¡Vuelve!

No tuvo respuesta. Se sentó a llorar y cuando los escolares comenzaron a llegar, tuvo que ocultar su aflicción y quedarse toda la tarde desolada, entre extraños, sin nadie a quien contar sus penas.

Tom caminó lenta y desmayadamente hasta llegar a la mansión de Douglas, en la cumbre del monte, desde donde apenas se divisaba el valle y la escuela. Se internó por el bosque y se sentó sobre el musgo. Toda la naturaleza estaba en silencio. Meditó largo rato y llegó a envidiar a Jimmy Hodges que acababa de morir. ¿Qué había hecho para que Becky lo tratara como a un perro? Nada. Algún día, cuando fuera demasiado tarde, ella lo sentiría. ¿Qué impresión tendría Becky si él se fuera a países lejanos y no volviera nunca? Podría hacerse soldado y volver como un glorioso inválido. No, era mejor irse con los indios y cazar búfalos y regresar como un gran jefe un día domingo de escuela matinal; pero había algo mejor: ser un pirata. Su nombre llenaría el mundo y entraría a la iglesia y escucharía complacido los cuchicheos: “¡Ese es Tom Sawyer, el Tenebroso Vengador de la América Española!”.

Mientras imaginaba su destino lleno de aventuras se oyó el sonido de una trompeta de hojalata. Tom se sacó la chaqueta y los pantalones, buscó tras los matorrales un tosco arco, una espada de madera y una trompeta. Corrió hasta un árbol y la hizo sonar, dando órdenes a una compañía fantasma:

–¡Alto, mis valientes! Sigán ocultos hasta que toque –y luego, al ver aparecer a Joe Harper, armado como él, gritó–: ¡Alto! ¿Quién se atreve a entrar en la selva de Sherwood sin mi salvoconducto?

–¡Guy de Guisborne no necesita salvoconducto! ¿Quién eres, que...!

–...que te atrevas a hablarme así? –continuó Tom, ayudando a Joe a recordar “el libro”.

–¡Soy Robin Hood! ¡Lo comprobarás con tu propio pellejo!

–¿Eres el famoso bandolero? ¡Defiéndete!

Y así continuaron jugando –unas veces Tom haciendo de Robin Hood y otras Joe–, batiéndose a espada y enfrentándose a los peligros del bosque. Cuando cayó el crepúsculo, guardaron sus ropas de bandoleros y regresaron al pueblo.

8

Esa noche, Tom y Sid se acostaron como de costumbre a las nueve y media. Tom se revolvió en su cama, sintiendo el paso del tiempo como una eternidad, en espera de que Sid estuviera completamente dormido. A eso de las once, sintió un maullido. Se abrió una ventana y escuchó un grito: “¡Vete, gato maldito!” Se vistió de inmediato y salió. Maulló dos o tres veces. En la calle, Huckleberry Finn lo esperaba con el gato muerto. Caminaron rumbo al cementerio.

El cementerio era al estilo del viejo Oeste. Estaba en una colina, lejos del pueblo, y los matorrales y las hierbas silvestres crecían por todo el recinto. Las tumbas antiguas estaban hundidas en la tierra y una tenue brisa susurraba entre los árboles. Tom temió que fueran las ánimas de los muertos, que se quejaban porque no las dejaban tranquilas. Hablaban poco y el tremendo silencio que los envolvía oprimía sus corazones. Encontraron la sepultura que buscaban y se escondieron tras unos árboles. La espera les

pareció interminable. El graznido de una lechuza rompía de vez en cuando aquel silencio de muerte.

–Huck, ¿crees que a los muertos les guste que estemos aquí? –preguntó Tom.

–¡Quién podría saberlo! –respondió éste, y ambos se quedaron callados por un largo momento.

–Dime –volvió a preguntar Tom al cabo de un rato–, ¿crees que Hoss Williams nos está escuchando?

–Sí, su espíritu nos oye.

–Debiera haber dicho el “señor Williams”. Pero no fue con mala intención. Todos le llamaban Hoss.

–Hay que tener mucho cuidado cuando se habla de los difuntos, Tom –sentenció Huckleberry y nuevamente guardaron silencio.

–¡Chist! –dijo Tom, tomando el brazo de Huck.

–¿Qué pasa?

–¿No lo oyes?

–¡Sí! Dios mío, Tom. ¡Vienen! ¿Qué haremos?

–No sé. Pero no tengas miedo, no se meterán con nosotros. No estamos haciendo ningún mal. Quedémonos quietos.

–Sí, pero me muero de miedo.

Los muchachos casi no respiraban. Un rumor llegaba desde el otro lado del cementerio.

–¡Mira, Tom! Es un fuego fatuo –dijo Huck. Luego al ver unas figuras borrosas que se acercaban balanceando una linterna, añadió–: ¡Son los diablos! Es nuestro fin, ¿sabes rezar?

–Lo intentaré. No tengas miedo, no nos dañarán. “Acógeme, Señor en tu seno”...

–¡Chist! ¡Son humanos! Por lo menos, uno tiene la voz de Muff Potter. No te muevas, es un bruto que ni nos notará. Debe estar borracho como siempre.

–Mira, no saben adónde ir. Huck, conozco otra de las voces: es Joe el Indio.
–¡Verdad! ¡Ese mestizo asesino! Preferiría que fueran diablos. ¿Qué buscarán?
Los tres hombres habían llegado muy cerca de los chicos y de la sepultura de Williams.

–Aquí es –dijo la voz del joven doctor Robinson.
Joe el Indio y Potter dejaron en el suelo la carga que traían y se dispusieron a abrir la sepultura. El doctor se recostó sobre un árbol e iluminó a los otros dos con la linterna.

–¡De prisa! La luna saldrá luego –les dijo en voz baja.
Le contestaron con un gruñido y cavaron hasta que dieron con la sepultura. Forzaron la tapa, sacaron el cuerpo y lo dejaron en el suelo. La luna salió e iluminó el rostro del cadáver. Cubrieron el cuerpo con una manta y lo depositaron en una camilla.

–Ya está hecha esta condenada tarea, doctor; y ahora mismo nos da otros cinco dólares o “eso” se queda ahí –le dijo Potter, sacando una navaja.

–¿Qué quieres decir? –exclamó el doctor–. Me exigieron la paga adelantada, y ya se la di.

–Más que eso –dijo Joe acercándose al doctor–. Hace cinco años usted me echó de la cocina de su padre, una noche que fui a pedir algo de comer; y cuando le juré que me las pagaría, su padre me metió en la cárcel por vagabundo. ¿Cree que me he olvidado? Por algo tengo sangre india. ¡Ahora lo tengo en mis manos y tiene que pagar!

El doctor se abalanzó sobre Joe y le dio un puñetazo que lo dejó tendido en el suelo. Potter soltó la navaja y exclamó:

–¿Por qué le pega a mi socio? –y en un instante se lanzó contra el joven. Lucharon fieramente. De pronto, el doctor se zafó de su adversario y cogiendo el tablón de la sepultura de Williams, le asestó un golpe, tumbando a Potter en tierra. El mestizo, que se había incorporado, cogió la navaja y la hundió hasta el mango en el pecho del joven. Este, dio un traspié y cayó sobre el cuerpo de Potter, cubriéndolo con sangre. Los dos muchachos huyeron, aterrados, perdiéndose en la oscuridad.

Al rato, Joe el Indio contemplaba a los dos caídos. El doctor balbuceó algo el mestizo murmuró: “La cuenta está saldada”. Registró al muerto, le robó todo lo que tenía en los bolsillos y colocó la navaja en la mano derecha de Potter. A los minutos, éste comenzó a moverse, cerró la mano sobre la navaja, la miró y la dejó caer horrorizado. Después empujó el cadáver. Sus ojos se encontraron con los de Joe.

–¡Cristo! ¿Qué pasó, Joe?

–Es un mal negocio. ¿Por qué lo hiciste?

–¿Yo? ¡No he hecho eso!

–¡No vengas con eso, ahora!

–Creía que se me había pasado la borrachera; pero aún la tengo en la cabeza. No me acuerdo de nada. Dime honradamente, Joe, ¿lo hice yo? No fue mi intención. Dime, ¿cómo fue?

–Los dos se golpearon; él te pegó con un tablón, tú caíste, luego te levantaste, cogiste el cuchillo y justo cuando él te iba a golpear otra vez, se lo clavaste. Después te quedaste como muerto en el suelo.

–¡No sabía lo que hacía! Todo fue culpa del whisky. Siempre he peleado sin armas, todos pueden decirlo. Joe, prométeme que no dirás nada. Siempre he estado de tu parte, ¿no dirás nada, verdad?

–No; siempre has sido derecho conmigo y no iré en tu contra.

–Eres un ángel, Joe. Te bendeciré por esto mientras viva –dijo Potter sollozando.

–Basta de gimoteos. Tú te largas por ese camino y yo por este otro, y no dejes señal por donde andes.

Potter corrió. El mestizo lo siguió con la vista y murmuró: “Está tan atolondrado por el golpe y tan borracho que no recordará la navaja hasta que esté muy lejos, y tendrá miedo de volver a buscarla, ¡gallina!”

Pronto, el cuerpo del hombre asesinado, el cadáver envuelto en la manta y el fèretro sin tapa sólo tenían por testigo a la Luna. El silencio reinaba una vez más.





9

Los dos muchachos corrían y corrían hacia el pueblo, mudos de espanto, figurándose que cada tronco que aparecía era un enemigo. Jadeantes, llegaron hasta una curtiduría en ruinas, entraron y se echaron en el piso, cobijados por las sombras del interior. Ya

calmados, Tom dijo:

–¿En qué irá a terminar esto, Huck?

–Si el doctor está muerto, seguro que en la horca.

–¿Y quién lo dirá? ¿Nosotros? –preguntó Tom luego de meditar un rato.

–¿Qué dices? Si algo pasa y no ahorcan a Joe el Indio, nos mataría tarde o temprano. Si alguien lo cuenta será Muff Potter, porque es tonto y borracho.

–Huck: Muff Potter no lo sabe. Acuérdate que estaba inconsciente cuando Joe lo hizo. ¿Crees que pudo ver algo? Además, puede que ese golpe lo haya liquidado.

–No lo creo, Tom. Potter estaba borracho. Cuando mi papá está así, ni la campana de la torre de una iglesia lograría sacudirlo. Eso mismo le pasa a Muff.

–Huck, ¿estás seguro de que no hablarás? –inquirió Tom después de haber reflexionado en silencio.

–Ya sabes que no tenemos más remedio. Si no ahorcan a ese maldito indio, nos ahogaría como a un par de gatos por soltar la lengua. Mira, Tom, lo que tenemos que hacer es jurar que no diremos ni una palabra. Pero jurar por escrito, y con sangre.

Tom cogió una tablilla de pino, sacó su navaja y lentamente escribió: “Huck Finn y Tom Sawyer juran que no dirán nada de esto, y que si dicen algo, caerán allí mismo muertos.”

Huckleberry se asombró por el estilo con que Tom escribía. Tomó un alfiler de la solapa y se disponía a pincharse un dedo; pero Tom lo detuvo:

–¡Quieto! Los alfileres son de cobre y pueden tener veneno.

Tom quitó el hilo de una de sus agujas, y al rato ambos estrujaban sus pulgares para que saliera sangre. Firmaron con sus iniciales y enterraron la tablilla junto al muro, haciendo a la vez toda suerte de conjuros.

Una sombra se escurrió en el otro extremo del edificio, pero los muchachos no la percibieron. Empezaron a cuchichear sobre su juramento:

–Ahora, ocurra lo que ocurra no podremos hablar, si no caeremos muertos –decía

Tom.

De pronto, un perro aulló lúgubrementemente cerca de la curtiduría. Los chicos se abrazaron espantados.

–¿Por cuál de nosotros aullará? –preguntó Huck y pidió aterrado–: Mira por esa resquebrajadura, Tom.

–No puedo..., no puedo, Huck... ¡Conozco ese ladrido! Es el perro de Bull Harbison.

El perro repitió su aullido y los muchachos temblaron. Tom se acercó tiritando a la rendija.

–¡Huck! es un perro sin amo.

–¡Ay, Tom! Creo que estamos muertos. Sé adonde me iré por lo malo que he sido.

–Yo podría haber sido bueno; pero no quise. Si salgo de esta iré a todas las escuelas dominicales.

Los muchachos continuaron murmurando y lamentándose de su pasado. De pronto Tom escuchó unos gruñidos.

–Parece como un ronquido –dijo Huckleberry–. Creo que viene de la otra punta.

–¿Te atreves a ir, si voy delante? –dijo Tom, tentado por la aventura.

Caminaron de puntillas, uno tras otro, y cuando estaban a unos pasos del roncador, Tom pisó un palo. El hombre gruñó, se movió un poco y la Luna iluminó su cara: era Muff Potter. Salieron sin hacer ruido. El lúgubre aullido rompió de nuevo la quietud de la noche. El perro estaba muy cerca de Potter, con el hocico hacia el cielo.

–¡Es por él! –dijeron ambos al unísono y se separaron pensativos.

Estaba por amanecer cuando Tom trepó por la ventana de su alcoba. Se durmió enseguida. Al despertarse, muy tarde, se sorprendió de que no lo hubieran llamado como de costumbre. Se vistió en cinco minutos y bajó medio mareado las escaleras. La familia estaba aún en la mesa, pero ya había desayunado. No hubo una sola palabra de reproche. El hielo reinaba en el comedor.

Después del desayuno, su tía lo llamó aparte. Tom pensó que vendría una golpiza;

pero tía Polly no hizo más que llorar y decirle que la mataría de pena. Tom se sintió peor que si lo hubieran apaleado. Sollozó, le pidió perdón y juró que se enmendaría. Pero no obtuvo respuesta.

Se marchó a la escuela abatido. Soportó la paliza, junto a Joe Harper, por haber hecho la cimarra. Ocupó su asiento y se quedó mirando la pared de enfrente con profunda aflicción. Sintió bajo el codo algo duro. Cogió el objeto que estaba envuelto en un papel, y lo abrió: era la bolita de latón. Suspiró hondamente y acabó por sentirse completamente aniquilado.

10

Cerca del mediodía todo el pueblo sabía la horrenda noticia. El profesor suspendió las clases de la tarde y los alumnos, con todos los vecinos, se encaminaban hacia el cementerio. Los comentarios eran que se había encontrado una navaja ensangrentada junto a la víctima y alguien reconoció que era de Muff Potter; otros decían que Potter había actuado sospechosamente: se había lavado como a las dos de la madrugada en un arroyo.

Tom, olvidando sus congojas, fue también al cementerio, arrastrado por una inexplicable fascinación. Se entremezcló en la multitud y vio el macabro espectáculo. Levantó los ojos y se encontró con los de Huckleberry. Ambos apartaron

rápidamente sus miradas, temerosos de que alguien advirtiera su complicidad.

–Ha sido un castigo, aquí se ve la mano de Dios –dijo el pastor.

Tom se estremeció: la faz impenetrable de Joe el Indio estaba frente a él. En ese momento la muchedumbre se agitó:

–¡Es él! ¡Viene él solo! –gritaban.

–¿Quién? ¿Quién? –preguntaba un coro de voces.

–¡Muff Potter!

–¡Vaya desparpajo! –dijo uno–. Sintió el capricho de mirar tranquilamente su obra... No esperaba encontrar compañía.

El sheriff se abrió paso ostentosamente y cogió a Potter del brazo. Este tenía la cara descompuesta por el miedo. Cuando vio el cadáver, tembló y rompió a llorar.

–No he sido yo, vecinos –sollozaba–; les doy mi palabra de honor que no lo he hecho.

–¿Quién te ha acusado? –preguntó una voz.

Potter levantó la cara y vio a Joe el Indio.

–¡Joe, Joe! ¡Me prometiste que nunca...!

–¿Esta navaja es suya? –le preguntó el sheriff.

–Cuéntales, Joe... cuéntales todo, ya no sirve callarlo –dijo Potter vencido.

Huckleberry y Tom enmudecieron, mientras el mentiroso mestizo declaraba tranquilamente. Cuando terminó, sintieron deseos de romper su juramento y salvar al prisionero; pero parecía que el mestizo se había vendido a Satanás y pensaron que sería fatal entrometerse con un ser tan poderoso.

–¿Por qué volviste a este lugar? –preguntó alguien.

–¡No lo pude remediar! –gimió Potter–. Quería huir, pero no pude hacerlo y volví hasta acá.

Joe el Indio repitió su declaración, bajo juramento, cuando se hizo la investigación, y los dos chicos confirmaron su creencia de que se había vendido al demonio, y resolvieron, interiormente, vigilarlo de noche para ver si podían atisbar a su diabólico

dueño.

Joe ayudó a cargar en un carro el cuerpo de la víctima. Los muchachos pensaron que eso haría sospechar a la gente; pero alguien comentó que “Joe estaba lejos cuando Potter cometió el crimen”.

El terrible secreto y los remordimientos de conciencia perturbaron a Tom por muchos días. Sid comentó que su sueño era tan intranquilo que lo tenía despierto la mitad de la noche.

–Esa es una mala señal –sentenció tía Polly–. ¿Qué te pasa, Tom?

–Nada que yo sepa –respondió Tom, pálido y tan tembloroso que vertió el café.

–¡Y hablas unas cosas! –continuó Sid–: anoche decías: “¡Es sangre! ¡No me atormenten, ya lo diré!”. Y lo repetiste muchas veces. ¿Qué es lo que dirás?

–¡Chist! –dijo tía Polly, sin saber que ayudaba a su sobrino a disipar su preocupación–. Es un crimen atroz. Yo sueño con él todas las noches, y a veces sueño que yo lo cometí.

Mary contó que a ella le sucedía lo mismo. Tom desapareció sigilosamente de la mirada de su tía. Desde entonces se quejó de un gran dolor de muelas, y por las noches se amarraba la mandíbula con un pañuelo. Nunca supo que Sid esperaba a que se durmiera y a veces le sacaba el vendaje para escuchar atentamente sus balbuceos nocturnos. Las angustias de Tom fueron disipándose lentamente y dejó de lado su dolor de muelas.

Si Sid llegó a descifrar los murmullos de Tom se los guardó para él; pero notó que éste nunca participaba en los juegos de la escuela, que consistían en hacer investigaciones sobre gatos muertos. Percibió que Tom no quería ser jurado, ni testigo, y que sentía aversión por esos juegos.

Casi todos los días, durante esta temporada de angustia, Tom aprovechaba cualquier ocasión para ir a la cárcel, que estaba lejos del pueblo y que nadie cuidaba. Furtivamente, dejaba regalos a Muff Potter. Esas dádivas le servían para aliviar su

conciencia. La gente del pueblo deseaba castigar a Joe el Indio por violador de sepulturas, pero su fama era tan terrible que nadie se atrevía a denunciarlo. El mestizo había sido cuidadoso: empezó sus declaraciones con el relato de la pelea, sin confesar el robo del cadáver, y por eso se consideró prudente no llevar, por el momento, el caso al tribunal.

11

Tom encontró un nuevo tema en que interesarse y que le hacía olvidar sus tribulaciones: Becky Thatcher había dejado de ir a la escuela. Había intentado no recordarla, pero rondaba su casa por las noches, lleno de tristeza. Estaba enferma, y la idea de que se muriera lo enloquecía. La vida perdió encanto para él. La tía Polly, preocupada, buscó toda clase de medicinas con que “sanarlo”. El tratamiento de agua estaba de moda, y el estado de debilidad de Tom la impulsó a practicarlo. Apenas amanecía, tía Polly sacaba al muchacho y lo bañaba con agua fría, luego lo envolvía en mantas y lo hacía sudar. Sin embargo, Tom se veía cada vez más pálido y decaído. La tía probó entonces con “matadolores”, un medicamento nuevo, de cuyos resultados quedó satisfecha: Tom lo pedía a menudo y su ánimo mejoraba. Pero lo que tía Polly no sabía era que el muchacho vaciaba la medicina a una grieta que había en el piso de la sala.

Un día apareció Perico, el gato amarillo de la tía, justo cuando Tom le iba a administrar el “matadolores”. El gato miró ávidamente la cuchara, Tom le abrió la boca y le dio el remedio. Perico saltó por el aire, giró por el cuarto chocando con los muebles y salió disparado por toda la casa dejando el caos. La tía Polly entró y Perico dio dos saltos mortales antes de salir volando por la ventana.

–¿Qué le pasa a ese gato, Tom? –preguntó.

–No sé, tía –contestó ahogando las carcajadas.

La anciana miró por encima de sus gafas y vio la cuchara delatora en el suelo.

–¿Por qué has tratado así a ese pobre animal?

–Lo hice de lástima, porque no tiene tía. Si tuviera, lo hubiera quemado vivo ella misma.

La tía Polly se llenó de remordimientos: lo que era crueldad para un gato, podía serlo para un chico. Puso tiernamente la mano sobre la cabeza de Tom y le dijo:

–Vete antes que me enoje, y trata de mejorarte para que no tomes más remedio.

Tom llegó a la escuela muy temprano y se quedó cerca de la puerta en vez de jugar con sus compañeros. Miraba el camino haciéndose el distraído, acechando las faldas que revoloteaban a lo lejos; pero ninguna era la que esperaba. Llegó la hora de entrar y se sentó con tristeza en la sala. Una falda cruzó el patio y su corazón dio un salto. Al instante, Tom estaba afuera dando volteretas, equilibrándose con la cabeza en el suelo, persiguiendo a los chicos, sin dejar de observar si Becky lo veía. Ella no lo miró ni una sola vez. Decidió acercarse a la chica lanzando el grito de guerra de los indios, le sacó la gorra a un muchacho, la tiró por el tejado y cayó de bruces delante de Becky. Ella le volvió la espalda, con la nariz respingada, y dijo: “Algunos se creen muy graciosos... ¡siempre presumiendo!” Tom enrojeció y levantándose se marchó abatido.

Se alejó del pueblo, desesperado y sombrío. Había tratado de ser un chico bueno, pero no lo dejaban. Decidió que llevaría una vida de crímenes. Escuchó el tañido débil de la campana del colegio y sollozó pensando que nunca más lo oiría. En ese instante, se encontró con Joe Harper, tan entristecido como él. Tom se limpió las lágrimas y balbuceó algo acerca de una resolución de escapar a los malos tratos y a la falta de cariño de su casa. Joe replicó en el mismo tono y le contó que su madre ya no lo quería: lo había golpeado por un asunto en el que nada tenía que ver.

Siguieron su paseo condoliéndose e hicieron el pacto de ayudarse mutuamente. Después trazaron planes: Joe sería un ermitaño y moriría de frío y pena; pero después de oír a Tom, reconoció que era más ventajoso consagrar su vida al crimen y aceptó ser pirata.

A unas millas de San Petersburgo, siguiendo el curso del Misisipí, estaba la desolada isla de Jackson. La eligieron como base de operaciones. Después buscaron a Huckleberry Finn, el que se unió sin reparos a la aventura. Convinieron en juntarse a la medianoche, con provisiones y anzuelos, a la orilla del río, donde había una pequeña balsa de troncos en la que se marcharían. Esa misma tarde, los tres se dedicaron a esparcir la noticia de que el pueblo iba a oír “algo increíble”, y a quienes la escucharon les advirtieron “no decir nada y esperar”.

A la medianoche, Tom llegó, con un trozo de jamón, a un acantilado cercano al lugar convenido. Dio un largo y agudo silbido y aguardó la respuesta. Escuchó un silbido y una voz sigilosa que preguntaba:

–¿Quién vive?

–Tom Sawyer, el Tenebroso Vengador de la América Española. ¿Quiénes son ustedes?

–Huck Finn, el Manos Rojas, y Joe Harper, el Terror de los Mares.

–Está bien, digan la contraseña.

–¡SANGRE! –murmuraron al unísono dos voces roncadas.

Bajaron juntos por el acantilado. El Terror de los Mares había traído un poco de tocino. Finn, el de las Manos Rojas, había robado una olla, hojas de tabaco y unas pipas. El Tenebroso Vengador dijo que no podían lanzarse a la aventura sin fuego, y partieron a conseguirse tizones en un rescoldo que humeaba por allí cerca.

Al poco rato bogaban en la balsa. Traspasaron la corriente y enfilaron rumbo a la isla manteniendo la dirección con los remos. Las luces del pueblo se alejaban y Tom lamentó que “ella” no pudiera verlo, perdido en el mar y en camino hacia su perdición. Como a las dos de la mañana la balsa varó a unos metros de la punta de la isla, y los navegantes desembarcaron su cargamento.

Hicieron una fogata al borde del bosque; guisaron el tocino y gastaron la mitad de la harina que traían. Se sentían felices de estar sin trabas, en la selva virgen de una isla desierta y prometían que nunca volverían a la civilización. Cuando terminaron de comer se tendieron sobre la hierba.

–¿No es esto fantástico? –dijo Tom.

–De primera. ¿Qué dirían los chicos si nos vieran?

Se morirían de ganas de estar aquí. ¿Eh, Huck?

–Tal vez –respondió éste–. Yo, por lo menos no necesito nada más. Casi nunca tengo que comer... y aquí nadie vendrá a darme patadas.

–Es la vida que a mí me gusta –prosiguió Tom–: no hay que levantarse temprano, ni ir a la escuela, ni lavarse.

–Es verdad –dijo Joe–. ¿Sabes? Ahora que lo he probado, me gusta más ser pirata que ermitaño.

Manos Rojas no intervino en la conversación, se dedicó a llenar su pipa y a fumar placenteramente. Los otros piratas envidiaban su vicio y decidieron adquirirlo. Al rato, Huckleberry preguntó:

–¿Qué tienen que hacer los piratas?

–Pasarlo bien...; apresar barcos, quemarlos, robarse el dinero y enterrarlo en su isla; y matar a todos los que van en los barcos...: les hacen “pasear la tabla”.

–A las mujeres no las matan, se las llevan a la isla –agregó Joe.

–No las matan –continuó Tom–: son demasiado nobles, y las mujeres son siempre preciosas, además.

–Y llevan trajes de lujo: de plata, oro y diamantes –añadió Joe entusiasmado.

–Parece que no estoy vestido como un pirata –dijo Manos Rojas, mirando lastimosamente su ropa.

Los otros lo consolaron diciéndole que apenas empezaran sus aventuras lloverían los trajes lujosos. Poco a poco cesó la conversación y Huckleberry se durmió. El Terror de los Mares y el Tenebroso Vengador tardaron un tiempo en hacerlo. Recitaron mentalmente sus oraciones, y empezaron a sentir un vago temor de haberse portado muy mal escapando de sus casas; después se torturaron pensando en los comestibles robados. Había una clara diferencia entre “sacar” golosinas y manzanas y “robar” tocino y jamón. Resolvieron que mientras permanecieran en el oficio no se envilecerían con el crimen del robo que la Biblia condenaba. Estas resoluciones aplacaron sus conciencias y los inconsecuentes piratas se quedaron dormidos tranquilamente.

A la mañana siguiente, Tom se despertó preguntándose dónde estaba. Se frotó los ojos y vio el apacible paisaje. No se movía ni una hoja, las gotas de rocío tiritaban en el follaje y en la hierba. Joe y Huck aún dormían. Tom contempló la naturaleza y sintió el despertar del bosque. Los pájaros

comenzaron a cantar, una oruga caminaba sobre la hierba, un escarabajo se movía de un lado a otro. Las ardillas pasaban inquietas y veloces, examinando a los muchachos. Pronto, los pájaros inundaron el bosque con la algarabía de sus cantos.

Tom despertó a los otros dos piratas, y los tres empezaron a corretear gritando. En un instante estaban desnudos, persiguiéndose y saltando unos encima de otros en el agua. No sintieron nostalgia por el pueblo. La corriente se había llevado la balsa; pero se sentían felices, su pérdida era como quemar el puente que los unía a la civilización.

Regresaron al campamento contentos y con hambre. Atizaron la fogata y Joe comenzó a preparar el desayuno. Huck y Tom tomaron los anzuelos, fueron al río y volvieron con una gran cantidad de peces que cocinaron con tocino. Después de hartarse, pensando que nunca habían comido pescados más ricos, se tendieron a la sombra y Huck fumó su pipa.

Luego exploraron la isla y se bañaron hasta la media tarde. Almorzaron tocino y descansaron en silencio. Una sensación de soledad y una vaga nostalgia de sus hogares comenzaron a apoderarse de los muchachos. Hasta Manos Rojas se acordaba de las puertas y barriles en que se cobijaba; pero ninguno dijo lo que pensaba.

De pronto sintieron unos ruidos misteriosos y lejanos. Se incorporaron y después de

un largo silencio escucharon un trueno sordo que llegaba a ras del agua. Se preguntaron, extrañados, qué sería, y corrieron hasta la orilla. Apartando los arbustos miraron en dirección al pueblo: una milla más abajo una barca de vapor se dejaba arrastrar por la corriente, su cubierta estaba llena de gente y varios botes bogaban alrededor. Los muchachos escucharon nuevamente el trueno, después que del costado de la barca se elevaba una gran bocanada de humo blanco.

–¡Ya sé lo que es! –exclamó Tom–. ¡Alguien se ha ahogado!

–¿Quién será? –inquirió Joe.

Continuaron escuchando sin apartar los ojos de la barca, y Tom dijo:

–¡Ya sé quién se ahogó! ¡Nosotros!

De inmediato se sintieron héroes. Todos vestían luto, lloraban, se arrepentían de haberlos tratado mal; y lo más importante: en el pueblo no se hablaba más que de ellos y eran la envidia de los chicos. Después de todo, valía la pena ser pirata.

Al anoecer, la barca regresó y los botes desaparecieron. Los piratas volvieron llenos de vanidad al campamento. Mientras cenaban, se entretuvieron conversando sobre las cosas que se dirían en el pueblo y de la angustia que sentirían sus parientes. Sin embargo, la charla y la envolvente oscuridad los fue sumiendo en recelos y aprensiones. Miraban el fuego en silencio. Se sentían intranquilos y Joe, tímidamente, les preguntó cómo veían la idea de volver a la civilización, “no ahora, pero...” Tom le respondió con sarcasmos, y Huck estuvo de su lado. A Joe no le quedó más que callar.

Entrada la noche, Tom observó que sus dos compañeros dormían y roncaban. Buscó entre la hierba unas cortezas de árbol; se agachó junto al fuego y escribió sobre ellas. Guardó una en su chaqueta y la otra la metió en el gorro de Joe, junto a un trozo de tiza, una pelota de goma, anzuelos y una bolita de cristal. Después se encaminó en puntillas por entre los árboles y luego echó a correr hacia el banco de arena.

A los pocos minutos Tom vadeaba la ribera de Illinois. Cruzó el canal y nadó contra la corriente, hasta alcanzar la barca fondeaba frente al pueblo. Cuidadosamente se encaramó al bote de la barca y esperó agazapado la partida. En un cuarto de hora estuvo en la orilla, se tiró por la borda y alcanzó tierra. Corriendo por calles poco frecuentadas, no tardó en llegar a su casa y trepó por la ventana de la salita. Sentados junto a la cama estaban la tía Polly, Sid, Mary y la madre de Joe. Tom comenzó a levantar suavemente la manilla de la puerta, empujó un poco y se produjo un chirrido; sigilosamente se escurrió y se metió debajo de la cama.

–Creo que esa puerta está abierta. No terminan de pasar cosas raras. Sid, ciérrala – ordenó la tía Polly–. Como iba diciendo, no era malo sino travieso. Era atolondrado, no hacía las cosas con mala intención, tenía buen corazón... –y lloró ruidosamente.

–Lo mismo mi Joe... siempre dispuesto a jugarretas; pero no era egoísta, era muy bondadoso. ¡Pensar, Dios Mío que le pegué ese día! ¡Y ya no lo veré más, al pobrecito! –sollozó desconsolada.

–Espero que Tom lo pase bien donde está –dijo Sid–; pero si hubiera sido un poco mejor en algunas cosas...

–¡Sid! –exclamó la tía– ¡No hables así, ahora que lo hemos perdido! ¡No puedo olvidarlo, señora Harper!

–El Señor da y el Señor quita. ¡Es atroz! Hace una semana que hizo estallar un petardo encima de mi nariz, y de una bofetada lo tiré al suelo. Si lo hiciera otra vez, me

lo comería a besos.

–Entiendo su pena. Ayer Tom le dio “matadolores” al gato y lo reprendí, al pobrecito que ya está en el otro mundo. Las últimas palabras que le oí fueron de reproche.

Con ese recuerdo la anciana no pudo contenerse. Tom hacía pucheros, compadeciéndose a sí mismo. Mary gemía y hablaba en su defensa. Empezó a sentirse estimado, lo enternecía el dolor de la tía Polly y deseaba salir de su escondite para alegrarla. Pero se contuvo y siguió escuchando. Se enteró de que al principio pensaron que se habían ahogado bañándose, y que luego descubrieron que la balsa no estaba y creyeron que la corriente los había arrastrado. Al buscar sus cadáveres con la barca y encontrar la balsa varada, los dieron por desaparecidos. Si no encontraban los cuerpos el domingo, ya no habría esperanza y los funerales se harían ese mismo día. Tom sintió un escalofrío.

La señora Harper se despidió sollozando. Sid y Mary se fueron a dormir entre lágrimas y la tía Polly rezó, emocionada, por Tom. Se acostó y continuó llorando largo rato; por fin se tranquilizó y se quedó dormida. Tom salió sin hacer ruido; contempló a su tía y pensó en dejarle el trozo de corteza, pero desistió y se marchó rumbo al embarcadero.

Llegó a la isla en pleno día. Cuando estuvo cerca del campamento, escuchó conversar a sus amigos:

–Tom cumple su palabra. Volverá, Huck; si no, sería un deshonor para un pirata y él es orgulloso. ¿Qué traerá entre manos?

–Bueno, pero las cosas son nuestras, ¿no es así?

–Casi, porque lo que escribió es que serían para nosotros si no vuelve para el desayuno.

–¡Y aquí está! –exclamó Tom con voz teatral y avanzó majestuosamente.

Prepararon rápidamente el desayuno y Tom les contó sus aventuras. Los tres muchachos estaban orgullosos y contentos. Después Tom buscó un rincón para dormir

hasta el mediodía, y Huck y Joe se alistaron para pescar y seguir explorando la isla.





15

Los muchachos se divertieron toda la tarde sacando huevos de tortuga. Los comieron fritos por la noche, y les alcanzó para el desayuno del día viernes. Esa mañana jugaron

y se bañaron hasta quedar extenuados. La fatiga los obligó a descansar y poco a poco fueron poniéndose melancólicos. Tom se sorprendió escribiendo Becky en la arena, con el dedo gordo del pie. Lo borró indignado; pero no podía remediarlo, escribió una vez más el nombre y para evitar la tentación decidió conversar con sus compañeros.

El ánimo de Joe había decaído completamente. Ya no podía soportar estar lejos de su casa. Huck parecía nostálgico, y Tom luchaba por no demostrar su desánimo. Tenía guardado un secreto que aún no quería revelar, pero si sus camaradas continuaban en ese estado tendría que hacerlo. Les dijo jovialmente:

–Tenemos que explorar de nuevo la isla. Apuesto a que ha habido otros piratas y debe haber tesoros escondidos. ¿Qué les parecería encontrar un cofre repleto de oro?

No obtuvo respuesta. Buscó otros medios de seducción, pero todos fallaron. Joe estaba sentado, hurgando la arena con un palo.

–Vamos, dejémonos de esto. Quiero ir a casa, esto es tan solitario... –dijo de pronto.

–No, Joe. Ya te encontrarás mejor –replicó Tom–. Piensa en la pesca. Además, no hay mejor sitio para nadar.

–No me importa la pesca y no me gusta nadar. Al menos, no me gusta cuando no tengo a nadie que me lo prohíba. Vuelvo a casa.

–¡Vaya el niño! Por supuesto que quieres ver a tu mamá.

–Sí, quiero ver a mi madre, y también tú lo desearías si la tuvieras. ¡El niño eres tú! –reclamó Joe con un puchero.

–Bueno, bueno; que el niño llorón vuelva a su casa a ver a su mamá. A ti te gusta estar aquí, ¿no es cierto, Huck?

Huckleberry contestó un “sí”, por compromiso.

–Nunca más me juntaré contigo –dijo Joe, levantándose y vistiéndose.

–¿Qué me importa? Vuelve a tu casa para que se rían de ti. Nosotros con Huck no somos niños llorones y aquí nos quedamos. Que se vaya si quiere, podemos estar sin él.

Joe, sin hablar, caminó hacia la ribera de Illinois.

–Yo también quiero irme –dijo Huck bajando los ojos–. Ahora estaremos más solos. Vámonos.

–Ándate, ¿quién te lo impide? –le contestó Tom–. Yo me quedaré.

–Tom, es mejor que vengas. Piénsalo, te esperaremos cuando llegemos a la orilla –dijo Huck recogiendo sus harapos.

–Bueno, pero van a esperar mucho rato.

Huck echó a nadar apesadumbrado. Tom lo siguió con la mirada, luchando contra sus deseos de marcharse con ellos. Luego, corrió tras los muchachos gritando:

–¡Esperen! Tengo que decirles algo.

Sus compañeros se detuvieron. Tom los alcanzó y les explicó el secreto. Al principio lo escucharon de mala gana, pero después se entusiasmaron y dijeron que era “una cosa de primera”. Los chicos se devolvieron y comenzaron a jugar, alabando el estupendo plan de Tom. Luego de comer huevos y pescado, Tom dijo que tenía ganas de aprender a fumar, y Joe también quiso probar. Huck preparó las pipas. Se tendieron a fumar, tosiendo cada vez que aspiraban.

–Podría estar fumando esta pipa todo el día –dijo Joe–. No me marea.

–A mí tampoco –replicó Tom–. Apuesto a que Jeff Thatcher no sería capaz. ¡Qué daría porque los chicos de la escuela nos vieran!

Siguieron conversando, hasta que las toses los obligaron a estar en silencio. Joe y Tom estaban pálidos, sentían repentinas náuseas.

–Se me perdió la navaja, iré a buscarla –dijo Joe con voz tenue.

–Te ayudaré. No vengas, Huck; nosotros la encontraremos –tartamudeó Tom.

Huck esperó una hora. Se sintió solo y marchó tras sus compañeros. Los encontró en el bosque, profundamente dormidos y muy pálidos. Algo le decía que si habían tenido algún problema, ya lo habían solucionado. En la cena hablaron poco y cuando Huck preparó las pipas, le dijeron que no se sentían bien... Habían comido algo que les cayó

mal.

Entrada la noche, percibieron en el aire una angustiada pesadez. Se apiñaron junto al fuego y escucharon un débil lamento que venía desde el bosque, y se estremecieron pensando que el Espíritu de la noche había pasado sobre ellos. A poco, un relámpago cegador iluminó la selva y tras él el estallido de un trueno. Se abrazaron, aterrados, en la densa oscuridad en que se había sumido la isla. Se desató un vendaval de truenos y relámpagos y luego cayó una lluvia torrencial. Los muchachos aterrados buscaron refugio, yendo de aquí para allá tomados de la mano. Les pareció que la tormenta duraba una eternidad. Por fin, empapados y ateridos, volvieron al campamento. La calma iba retornando y una pequeña llovizna mojaba el bosque.

Reanimaron las brasas que humeaban débilmente y se dieron un festín de jamón, comentando sus aventuras nocturnas hasta el amanecer.

Cuando salió el sol, los muchachos, somnolientos, se echaron en la arena y se durmieron. Despertaron abrasados de calor y desayunaron fatigados. Tom advirtió las muestras de nostalgia de sus compañeros y reanimó a los piratas lo mejor que pudo. Les recordó el secreto y les propuso jugar a los indios. Los chicos se animaron y pasaron toda la tarde luchando contra tribus enemigas. Al anochecer cenaron y fumaron la pipa de la paz, contentos y ufanos porque ya podían aspirar sin marearse.

Pero en esa apacible tarde de sábado, no había sonrisas ni regocijo en el pueblo. La familia de los Harper y de la tía Polly se vestían de luto entre lágrimas.

Becky se encontró vagando por el patio desierto de la escuela. “Ojalá tuviera la bolita de latón –pensaba–. ¡Pero no tengo ni un solo recuerdo! ¡Por nada del mundo le volvería a decir lo que le dije precisamente aquí! Pero se ha ido y no lo veré nunca más.” Se alejó sin rumbo, sollozando. Después se encontró con un grupo de muchachos, compañeros de Tom y Joe, que se disputaban el honor de haber sido el último en verlos con vida.

A la mañana siguiente, la campana de la escuela dominical sonó con tañidos fúnebres. La gente del pueblo comenzó a reunirse. No había murmullos en la iglesia. Luego de una silenciosa espera entraron tía Polly, Sid y Mary, y la familia Harper, todos vestidos de negro. Los fieles se levantaron y estuvieron de pie hasta que los enlutados tomaran asiento.

El pastor ensalzó de tal manera las amables cualidades de los tres desaparecidos, que la mayoría sintió remordimientos de haber cerrado los ojos ante tales bondades. La concurrencia se enterneció más y más y recordó con pena sucesos que, cuando ocurrieron, sólo les habían parecido picardías dignas de azotes.

De pronto rechinó la puerta de la iglesia, el pastor levantó sus ojos lacrimosos y ¡se quedó petrificado! Las miradas de unas y otros siguieron los ojos del pastor, y en seguida, toda la concurrencia se levantó y miraba, atónita, a los tres difuntos que avanzaban en hilera.

Tía Polly, Mary y los Harper se arrojaron sobre sus resucitados, besándolos y bendiciéndolos. Huck permanecía abochornado sin saber dónde esconderse ante tantas miradas hostiles.

–Tía Polly, esto no puede ser. Alguien tiene que alegrarse de ver a Huck –susurró Tom.

–¡Por supuesto! ¡Yo me alegro de verlo, pobrecito, sin madre! –y los agasajos y caricias que le dio, aumentaron aún más el malestar del chico.

–¡Alabado sea Dios! –gritó el pastor con todas sus fuerzas–. ¡Canten con toda el alma!

El himno surgió triunfalmente, haciendo estremecer las vigas. Tom Sawyer, el pirata, miró en torno suyo a las envidiosas caras juveniles, y se dijo a sí mismo que ese era el momento de mayor orgullo de su vida.

Al salir, los concurrentes decían que desearían volver a ser puestos en ridículo, sólo para escuchar otra vez el himno cantado de esa manera.

Tom recibió más golpes y besos –de acuerdo al humor de tía Polly– que los que se ganaba en un año; y no supo cuál de las dos cosas expresaba más agradecimiento a Dios y cariño a su persona.

17

–No puede negarse que ha sido una gran broma, Tom –le decía tía Polly mientras servía el desayuno–; tenernos sufriendo una semana, mientras ustedes lo pasaban en grande. Pero ¡qué pena que me hayas hecho sufrir así! Por lo menos podías haberme avisado, de algún modo, que no estabas muerto.

–Sí, Tom, debías haberlo hecho –dijo Mary–.

–Deberías siquiera haberlo pensado –agregó tía Polly tristemente–. Cuando sea

demasiado tarde sentirás no haberme querido.

–Vamos, tía, yo la quiero mucho. ¡Lástima que no lo pensé! Pero soñé con usted. Eso ya es algo ¿no?

–¿Qué soñaste? –preguntó, curiosa, tía Polly.

–Soñé, el miércoles por la noche, que estaba sentada junto a la cama, Sid junto a la leñera y Mary muy pegada a él. También estaba la madre de Joe Harper.

–¿Y qué más soñaste, Tom?

–Muchas cosas; pero no las recuerdo... me parece que el viento sopló y abrió la puerta.

–¡Sigue, Tom! Todo lo que dices pasó así –dijo tía Polly–. Trata de recordar.

Tom narró su “sueño” y cuando acabó, la tía exclamó:

–¡En el nombre de Dios! Le contaré esto a Sereny Harper que cree que los sueños son sólo supersticiones. ¡El espíritu descendió sobre ti! ¡Estabas profetizando! Todo pasó igual como lo soñaste. ¡Te perdono todo por eso! –y lo abrazó haciéndolo sentir el peor de los bandidos.

Los niños se fueron a la escuela y la anciana, a visitar a la señora Harper. Sid fue bastante inteligente para callar sus pensamientos: “Qué raro... un sueño tan largo y sin ninguna equivocación”.

Tom, el héroe, caminaba a la escuela con paso majestuoso. Fingía no ver a nadie, ni oír los comentarios que los chicos hacían sobre él. En la escuela lo asediaron junto a Joe, y era tanta la admiración con que los contemplaban, que se pusieron insoportablemente vanidosos. La culminación de su gloria llegó cuando encendieron las pipas y fumando contaron algunas de las aventuras que tuvieron en la isla.

Tom decidió que ya no necesitaba a Becky Thatcher. Si ella quería hacer las paces, le respondería con indiferencia. La muchacha apareció con los ojos brillantes y la cara encendida, corrió junto a Tom, riendo con sus compañeras. Este, despectivamente se unió a un grupo de chicos y la ignoró por completo. Después Becky vagó por el patio,

suspirando y mirando de reojo a Tom. Se fijó que el muchacho conversaba animadamente con Amy Lawrence. Sintió una gran pena, pero se acercó al grupo. Habló, con fingida alegría, con una chica que estaba al lado del muchacho. La invitó a una fiesta que daría en su casa y los demás, al escuchar esto, le preguntaron a Becky si los invitaría. Tom desdeñosamente les dio la espalda y se alejó conversando con Amy.

A Becky le temblaron los labios y los ojos se le llenaron de lágrimas, pero disimuló y siguió charlando. Apenas pudo, se alejó del grupo y se fue a llorar a un lugar sombrío. Al sonar la campana, se levantó con un fulgor de venganza en los ojos.

Durante el recreo, Tom siguió coqueteando con Amy, moviéndose de un lugar a otro para encontrar a Becky y

hacerla sufrir. Por fin, la encontró sentada con Alfred Temple. La pareja miraba absorta un libro de estampas, las cabezas inclinadas y muy juntas, ignorando al resto del mundo. Los celos consumieron a Tom y se arrepintió de haber desperdiciado la ocasión que Becky le dio para reconciliarse. Amy seguía charlando alegremente, mientras paseaban, pero Tom no la escuchaba, fijos los ojos en la odiosa escena. El cotorreo de Amy se hizo inaguantable y Tom buscó cualquier excusa para largarse.





“¡Si fuera cualquier otro! –pensaba furioso–. ¡Cualquiera, menos ese presumido que pretende ser aristócrata! Pero lo golpeé el primer día que llegó a este pueblo y lo haré otra vez. ¡Espera que te pille en la calle!”

Tom voló a su casa a mediodía. Becky siguió contemplando el libro, pero como el tiempo pasaba y Tom no volvía a aparecer para atormentarlo de nuevo, su triunfo se fue opacando y comenzó a aburrirse. Se puso seria y taciturna. Alfred trató de entusiasmarla y exclamó:

–¡Aquí hay una preciosa! ¡Mira ésta!

–¡No me molestes! ¡No me gustan! –contestó enojada y, rompiendo a llorar, se alejó del muchacho.

Alfred corrió a su lado, tratando de consolarla, pero ella le dijo:

–¡Andate! ¡Déjame tranquila! ¡No te puedo ver!

Alfred se quedó parado, preguntándose qué le habría pasado a Becky. Entró meditabundo en la escuela desierta; se sentía furioso y humillado. Comprendió fácilmente la verdad: ella lo había usado para desahogar su rabia contra un rival. Sus ojos tropezaron con el cuaderno de gramática de Tom, lo abrió en el lugar en que estaba la lección de la tarde y lo ensució con tinta. En ese instante Becky se asomó por la ventana y vio a Alfred con el tintero. La niña volvió a casa con la idea de avisar a Tom lo ocurrido; pero recordó la conducta del muchacho y resolvió dejar que lo azotasen y, además, odiarlo eternamente.

Tom llegó a su casa con un humor negro y las primeras palabras de su tía le hicieron ver que traía sus penas al lugar equivocado.

–Me están dando ganas de desollarte vivo, Tom –dijo la tía Polly–. Fui donde la señora Harper a contarle, como una vieja tonta, tu sueño, y me enteré de que Joe le

había dicho que tú habías estado aquí aquella noche. Me duele que no me dijeras una palabra, dejando que fuera donde los Harper a hacer el ridículo.

–Tía, no pensé nunca... –balbuceó Tom y bajó la cabeza.

–¡No piensas nunca! No piensas nada más que en tu egoísmo; nunca has tenido lástima de nosotros. Viniste a burlarte de nosotros aquella noche.

–No, tía. Sé que fue una maldad, pero lo hice sin intención. Vine a avisarle que no nos habíamos ahogado, pero cuando escuché lo de los funerales, no pude resistir la tentación de escondernos en la iglesia. Guardé la corteza donde le escribía a usted. ¡Ojalá se hubiera despertado cuando la besé!

–¿Me besaste, Tom? ¿Por qué lo hiciste? –preguntó enternecida la tía Polly.

–Por que la quiero tanto, y usted estaba llorando y yo lo sentía mucho.

–¡Bésame otra vez, Tom!... y ándate a la escuela. No me hagas enojar de nuevo.

Apenas Tom se fue, la tía Polly corrió a buscar la chaqueta del muchacho. La tuvo en sus manos y pensó: “No me atrevo. Seguramente ha mentido, ¡pero es una mentira piadosa!”. Dudó unos instantes y luego registró el bolsillo. Leyó las palabras escritas en la corteza y se dijo: “Perdonaría a Tom aunque hubiera cometido un millón de pecados”.

Tom regresó contento a la escuela y tuvo la suerte de encontrarse con Becky en el camino. Sin vacilar se acercó a la chica.

–Becky, me porté muy mal esta mañana y no lo haré más. ¿Vamos a divertirnos un rato?

–Le agradecería que se alejara de mi presencia, señor Thomas Sawyer. No le hablaré más en mi vida –contestó mirándolo a la cara con desdén, y siguió rumbo a la escuela.

Tom se quedó estupefacto y luego tembló de rabia. Entró al patio de la escuela deseando que Becky hubiera sido un muchacho para golpearla. A poco volvieron a verse y ambos se dirigieron palabras mortificantes que aumentaron el rencor que sentían. Becky esperaba impaciente la llegada de la clase para contemplar el azote que darían a Tom.

El señor Dobbins, el profesor, era un hombre maduro y amargado. Siempre deseó ser médico, pero la pobreza lo

condenó a ser maestro de escuela. Todos los días sacaba de su mesa un extraño libro que leía y luego guardaba con llave. Todos los chicos se hacían conjeturas sobre ese libro. Cuando Becky entró a la sala, se fijó que la llave estaba en la cerradura del cajón de la mesa. Como se hallaba sola, aprovechó la ocasión y tomó el libro: Anatomía por el profesor Fulánez, y lo hojeó. En ese momento, una sombra cubrió la puerta, Tom había entrado. Becky cerró bruscamente el libro y sin darse cuenta rasgó una página. Guardó el libro y rompió a llorar enojada.

–Tom, eres un indecente. Vienes a espiar lo que una hace.

–¿Cómo iba a saber lo que estabas haciendo?

–Vas a acusarme y debería darte vergüenza. ¿Qué haré, Dios mío? ¡Nunca me han pegado en la escuela! –exclamó, y dando una patada en el suelo agregó–: ¡Haz lo que quieras! Yo sé algo que va a pasar. ¡Te odio! –Y salió de la clase con un ataque de llanto.

Tom se quedó perplejo y pensó: “¡Qué tontas y raras son las chicas! ¡Qué es una zurra en la escuela! Todas las chicas son delicaditas y miedosas. Por supuesto que no diré nada a Dobbins, él preguntará uno por uno y sabrá por la cara quién fue. Becky se metió en un lío, pero está bien. A ella le gustaría verme en el mismo aprieto: que se aguante.”

Cuando empezó la clase, Tom no se concentró en el estudio, la cara de Becky lo turbaba. No quería compadecerse de ella, pero no podía remediarlo. De pronto, el señor Dobbins descubrió las manchas en la gramática de Tom y éste negó haberlas hecho. Becky se sintió impulsada a decir la verdad, mas se contuvo y pensó: “El me acusará por lo del libro. No diré nada por salvarlo.”

Tom recibió los golpes y volvió a su asiento sin perturbarse. Transcurrió una hora y el señor Dobbins bostezando sacó su libro de la mesa. Tom miró a Becky. Su aspecto le pareció el de un conejo perseguido y acorralado frente al cañón de una escopeta. Al instante olvidó sus peleas: ¡tenía que hacer algo! El profesor se levantó amenazador. Todos bajaron sus ojos ante su mirada. Comenzó a preguntar, por turno, quién había rasgado el libro. Cuando enfrentó a Becky, dijo:

–Rebeca Thatcher... ¿has sido tú?... Mírame a la cara.

–¡Yo fui! –gritó Tom poniéndose de pie.

Se adelantó a recibir el castigo ante la atónita mirada de sus compañeros y la sorpresa, gratitud y adoración de Becky. Sufrió sin una queja el maltrato del señor Dobbins: la gloria de su acto se lo impedía. También fue indiferente a la noticia de que tendría que quedarse dos horas en la escuela. Sabía quién lo esperaría en la puerta.

Por la noche, Tom maduró los planes de venganza contra Alfred Temple. Becky le había contado todo. Se durmió escuchando sus últimas palabras: “Tom, ¿cómo puedes ser tan noble?”

Las vacaciones se acercaban y el profesor se empeñó en que los alumnos hicieran un buen papel en los exámenes. Utilizó todo su despotismo en corregir las menores faltas. Los niños más pequeños sufrían con mayor rigor los castigos: en el día vivían aterrorizados, y por las noches planeaban venganzas. Se unieron para conspirar contra el señor Dobbins, y dejaron el “encargo” al hijo del pintor del pueblo, pues el profesor se hospedaba en su casa y tenía razones más que suficientes para aborrecerlo.

Por fin llegó el día de los exámenes. A las ocho de la noche la escuela estaba iluminada y adornada. La concurrencia –padres y autoridades del pueblo– se sentó expectante. El señor Dobbins colocó su silla sobre una plataforma. A su izquierda, en una plataforma más baja, los alumnos que participarían en los ejercicios estaban sentados en filas y vestidos con sus mejores ropas.

Un niño bajito comenzó el acto recitando como una máquina. Salió del trance y obtuvo un aplauso general. Luego una niñita ruborizada tartamudeó “María tuvo un corderito”. Después, Tom avanzó presuntuoso y lanzó un enérgico discurso: “O libertad o muerte”, gesticulando frenéticamente; pero enmudeció en la mitad. Las piernas le flaquearon y sintió pánico ante el silencio de los espectadores. El profesor frunció el ceño, y Tom se retiró derrotado. Un débil aplauso murió al nacer.

Siguieron poemas, un concurso de ortografía y discursos en latín. El programa culminó con el número más importante: “Composiciones originales”, por las señoritas. Los temas eran los mismos que antes habían leído sus madres, sus abuelas y toda la

estirpe femenina que había pasado por la escuela. “La amistad”, “Recuerdos del pasado”, “Melancolía”, “Amor filial” y otros por el estilo.

“Una visión”, fue el trabajo premiado. Luego de la lectura de diez páginas de pesadilla, el alcalde entregó el premio a la chica de tez morena, haciendo un elocuente panegírico de las virtudes de su composición.

Después el señor Dobbins, emocionado por el éxito, dio la espalda al público y trazó un mapa de América en el pizarrón, para comenzar los ejercicios de geografía. Su mano insegura dibujó un adefesio y un rumor de risas corrió entre el público. El profesor se turbó aún más, pero no se detuvo y luchó por terminar las líneas. Sin embargo, las risas continuaban y se tornaban cada vez más ruidosas: sobre la cabeza de Mister Dobbins apareció un gato suspendido de una cuerda. El gato tenía la cabeza envuelta en un trapo para que no maullase y a medida que bajaba se doblaba dando zarpazos en el aire. El jolgorio aumentaba; el gato estaba en la cabeza del absorto profesor, hundió las uñas en su peluca, la cogió furibundo y de pronto lo subieron con el trofeo en las garras. Las calva del señor Dobbins resplandecía: el hijo del pintor se la había dorado.

Con tal “acto” terminó la reunión. Los chicos estaban vengados. Habían empezado las vacaciones.

Tom ingresó a la Orden de los “Cadetes del Antialcoholismo”, atraído por sus insignias y emblemas decorativos. Prometió no fumar, no beber, ni decir groserías. Descubrió que comprometerse a no hacer una cosa significaba desear inmediatamente hacerla. Sintió así impulsos irresistibles por beber y fumar; pero la esperanza de lucir la banda roja lo disuadió de abandonar la Orden. Ya se acercaba El “Día de la Independencia”, sin embargo se concentró en el viejo Grazer, el juez de paz, que estaba mortalmente enfermo y cuyos funerales serían grandes, de acuerdo a su posición. Inquiría con frecuencia por su estado de salud y según la respuesta, sacaba las insignias y ensayaba delante del espejo. Pero la enfermedad del juez tuvo varias fluctuaciones y al fin lo declararon fuera de peligro. El muchacho se sintió frustrado personalmente y presentó su renuncia a la Orden. Esa misma noche murió el juez y Tom juró que jamás se fiaría de un hombre como él. El entierro fue estupendo y los cadetes desfilaron con un brío que mataba de envidia al dimisionario.

Tom había recobrado su libertad. Podía ser grosero y fumar, pero sin prohibiciones esos placeres perdían todo su encanto. Las tan anheladas vacaciones transcurrían con tedio. Intentó escribir un diario, trató de divertirse con el circo que llegó al pueblo y con una orquesta de negros, y ninguna de esas actividades consiguió sacarlo de su aburrimiento. Además, Becky se había ido de vacaciones a su casa de Constantinopla. El secreto del asesinato cobraba cada vez más fuerza y lo atormentaba.

Después se enfermó de sarampión y estuvo dos largas semanas prisionero, sin saber del mundo ni de sus acontecimientos. Cuando se pudo levantar, débil aún, comenzó a vagar por el pueblo y vio con tristeza que todos se “habían metido en la religión”. Tom buscó en vano una bendita cara pecadora: Joe Harper estudiaba la Biblia; Ben Rogers visitaba a los pobres; cada chico que encontraba estaba sumido en alguna devota “beneficencia”. Esperanzado, llegó donde Huck Finn, y cuando éste lo recibió con una cita bíblica, el corazón le bajó a los talones y se fue arrastrando los pies hasta su casa.

Se acostó convencido de que era el único en el pueblo que estaba perdido para siempre.

Tom tuvo una recaída del sarampión y pasó tres semanas en cama. Cuando se mejoró recorrió, taciturno, las calles. Encontró a los chicos juzgando a un gato por el asesinato de un pájaro, y a Joe y Huck comiéndose un melón robado. Ellos, como Tom, habían recaído.

21

Por fin el pueblo salió de su letargo. El proceso por asesinato se iba a ver en el tribunal. El único tema de conversación era ése, y Tom no podía sustraerse, sintiendo escalofríos ante cada alusión al crimen. Decidió conversar con Huck, en un lugar apartado.

–¿Has hablado con alguien sobre lo que vimos? –le preguntó.

–Con nadie. Si no, que me caiga aquí mismo. ¿Por qué lo preguntas?

–Porque tenía miedo. ¿Nadie te haría decirlo, Huck?

–Sólo si quisiera que ese mestizo me asesinara.

–Está bien. Pero juremos otra vez, para estar más seguros.

Juraron con grandes solemnidades y volvieron a conversar.

–Hablan tanto de Muff Potter. ¿No te da lástima, Huck?

–Sí. Es muy borracho, pero tiene cosas buenas. A mí me ayudaba a veces.

–A mí me arreglaba las cometas. ¡Si pudiéramos sacarlo de ahí!

–¡No podemos hacerlo! Aunque me da mucha pena cuando dicen que él es un asesino.

Continuaron su charla, caminando hacia los alrededores de la cárcel. Se acercaron a la reja y, como muchas veces, le dieron a Potter tabaco y fósforos y sintieron grandes remordimientos cuando éste agradeció sus regalos. Sus sentimientos de traición y cobardía aumentaron cuando Potter dijo:

–Han sido tan buenos conmigo. ¡Como nadie en este pueblo! A veces pienso: “Yo les arreglaba las cometas a todos los chicos, les enseñaba dónde pescar, y los únicos que se acuerdan de mí son Tom y Huck”. Lo que hice fue porque estaba borracho. No beban nunca, hijos, así no caerán en la cárcel. Déjenme ver sus caras de buenos amigos, denme sus manos. Han ayudado tanto a Muff Potter y sé que me ayudarían más, si pudieran.

Esa noche y las que siguieron ambos chicos no podían conciliar el sueño. El día decisivo todo el pueblo estaba en el tribunal. Después de una larga espera, el jurado ocupó sus puestos; luego trajeron a Potter, tímido e inerte, sujeto con cadenas y lo situaron donde todos pudieran verlo. Joe el Indio, lucía impasible. El sheriff abrió la sesión y llamaron a los testigos. Uno declaró que había visto a Muff lavándose en el arroyo; otro que había encontrado su navaja al lado del cadáver y un tercero reconocía que esa navaja era del acusado. El fiscal no interrogó a ninguno de los testigos y el público comenzó a enojarse: ¿ese abogado no haría ningún esfuerzo por salvar la vida de su cliente?

Otra serie de testigos desfiló, haciendo declaraciones que inculpaban sin dudas a Potter, y el abogado permanecía en la misma actitud. Finalmente, el juez se vio obligado a aplacar los murmullos de la audiencia. En ese momento, el fiscal se levantó y dijo:

–Hemos probado, bajo el juramento de los ciudadanos, que el acusado es el autor del horrendo crimen. No tengo nada que añadir a la acusación.

El prisionero suspiró y rompió en sollozos, provocando la compasión de muchos. El abogado defensor se irguió de su asiento y habló:

–Al principio demostré el propósito de probar que mi defendido actuó bajo la ciega influencia del alcohol. Ahora mi intención es otra. Que comparezca Thomas Sawyer –dijo dirigiéndose al alguacil.

En todas las caras se pintaron el asombro y la perplejidad. Tom ocupó su puesto, asustado. Se le tomó juramento.

–Thomas Sawyer, ¿dónde estabas el 17 de junio a eso de las doce de la noche?

Tom miró a Joe el Indio y se le trabó la lengua. Pero recuperó sus fuerzas y respondió en voz baja:

–En el cementerio.

–No tengas miedo. Habla más alto. ¿Estabas cerca de la sepultura de Williams?

–Sí, señor.

–¿A qué distancia estabas?

–Tan cerca como estoy de usted. Estaba detrás de los olmos que hay junto a la sepultura.

Joe el Indio se sobresaltó.

–¿Estabas solo?

–No, señor. Fui con...

–Espera. No digas el nombre de tu compañero; él también comparecerá. ¿Llevaron algo allí? –y como Tom vacilaba en responder, el abogado agregó–: Dilo, muchacho. La verdad es siempre digna de respeto.

–Llevamos... un... gato muerto –dijo por fin Tom, y el juez tuvo que reprimir las risas del público.

–Ya presentaré el esqueleto del gato. Ahora, Thomas, dinos, a tu manera, todo lo que ocurrió. No calles nada y no tengas miedo.

Tom comenzó vacilando y luego sus palabras fluyeron con soltura. Después, sólo se

oyó la voz del testigo y todos los ojos estaban clavados en él. El auditorio estaba trágicamente fascinado con el relato. En el punto culminante Tom dijo: “Y cuando el doctor enarboló el tablón y Muff Potter cayó al suelo, Joe el Indio saltó con la navaja y...”

Veloz como una centella, el mestizo se lanzó hacia una ventana y desapareció.

22

Tom volvió a ser un héroe, mimado por los viejos y envidiado por los jóvenes. Como siempre, el mundo ilógico halagó y festejó a Muff Potter con la misma prodigalidad con que antes lo había maltratado. Esos días de esplendor para Tom eran interrumpidos por el horror de la noche. Joe el Indio se le aparecía en sus sueños, mirándolo fatidicamente. Huck vivía la misma angustia, y desde que Tom le contó todo al abogado, la noche anterior a la declaración, su confianza en el género humano se había evaporado.

Tom permanecía en la incertidumbre. Se había ofrecido una recompensa, en todo el país, por la captura de Joe el Indio; pero éste no aparecía. Así, los días se deslizaron perezosamente, y cada uno fue dejando atrás el peso de tales preocupaciones. Sólo Tom siguió inseguro, temiendo por su vida.

Un día a Tom le dieron deseos de excavar tesoros. No encontró a ninguno de sus camaradas, salvo a Huck Finn, Manos Rojas, quien estuvo dispuesto a seguirlo.

–¿Dónde cavaremos, Tom?

–¡En cualquier parte! Los tesoros están en los sitios más raros: en islas, debajo de un árbol viejo y la mayoría de las veces en el suelo de casas encantadas. Siempre hay papeles amarillentos que te dan las señales; pero hay que descifrarlos.

–¿Y tú tienes esos papeles?

–No. Yo no necesito señales. Ya te dije dónde los entierran. Ya hemos rebuscado en la isla de Jackson, y tenemos la casa encantada junto al arroyo de la destilería y muchos árboles viejos.

–¡Pero son tantos árboles! ¿Dónde buscarás?

–En todos, aunque pasemos el verano en eso. Imagínate que te encuentras un cofre lleno de diamantes, que valen hasta veinte dólares cada uno.

Huck se convenció y partieron, con un pico y una pala, rumbo al arroyo de la destilería. Llegaron sofocados y se tendieron a fumar bajo un olmo.

–Huck, si encontramos un tesoro, ¿qué harás con lo que te toque?

–Comer pasteles todos los días, tomar bebidas e ir a todos los circos que pasen por el pueblo. No guardaría nada, porque si papá vuelve me lo quitaría todo.

–Yo me compraría otro tambor, una corbata colorada y me casaría –declaró Tom.

–¡Casarte! Tom, has perdido la cabeza. Mira a mis padres, no hacían más que golpearse. Me acuerdo muy bien.

–Pero mi novia no es de las que golpean.

–A mí me parecen todas iguales, Tom. Todas te tratan a patadas. Piénsalo bien. ¿Cómo se llama la chica?

–No es una chica, es una niña. Te lo diré más adelante.

–Bueno, lo único que sé es que me quedaré más solo que nunca.

–No; te vendrás a vivir conmigo. Ahora, vamos a cavar.

Trabajaron y sudaron por varias horas, sin ningún resultado. Escogieron otro árbol y continuaron la faena. Por fin Huck, agotado, dijo:

–Creo que nos hemos equivocado.

–Tal vez sea cosa de brujas.

–Pero las brujas no tienen poder de día.

–¡Qué idiotas somos! Hay que saber dónde cae la sombra de la rama a medianoche ¡y ahí hay que cavar!

–¡Maldita sea! Desperdiciamos todo este trabajo. No nos queda más remedio que venir de noche. Te pasaré a buscar y maullaré –dijo Huck.

Volvieron a la hora convenida y esperaron en la oscuridad. Era un paraje solitario y los espíritus rondaban por los rincones. Un perro ladraba a lo lejos. Cuando pensaron que eran las doce vieron dónde caía la sombra trazada por la luna y empezaron a cavar. El hoyo se hacía más y más profundo; pero ni rastros del tesoro.

–Nos equivocamos otra vez, Huck –dijo Tom–. Creo que el problema es que sólo nos figuramos la hora en que cayó la sombra.

–¡Eso es! Tenemos que desistir. Nunca sabremos la hora justa, y además me da mucho miedo estar aquí con brujas y aparecidos rondando. Tengo la carne de gallina.

–Yo también. Casi siempre meten un cadáver cuando entierran el tesoro, para que lo cuide.

–Tom, no me gusta hacer tonteras cuando hay gente muerta. Siempre se mete uno en líos. Probemos en otro sitio.

–¡Claro! –exclamó Tom–. En la casa encantada.

–¡No! Los duendes son cien veces peores que los difuntos. Sacan la cabeza por encima del hombro de uno y rechinan los dientes sólo como los fantasmas saben hacerlo. Yo no podría aguantar eso, Tom.

–Sí, pero los duendes andan de noche y nosotros podemos ir a cavar de día.

–Está bien. Mas tú sabes que nadie se acerca allí de noche ni de día. Siempre está esa luz azul, que usan los fantasmas, saliendo por la ventana.

–Pero esa luz no se mueve de día –replicó Tom.

A pesar de que Huck pensaba que corrían peligro, asintió. Bajaron la cuesta, iluminados por la luna, y vieron, en medio del valle, la casa encantada. Se detuvieron a contemplarla y después, hablando en voz baja, caminaron hacia el pueblo entre los bosques que embellecían el otro lado del monte Cardiff.

24

Los amigos se juntaron el día siguiente a las doce, cerca de la casa encantada.

–Oye, Tom, ¿sabes que hoy es viernes?

–¡Qué fastidio! Es día de mala suerte.

–Además, anoche tuve un sueño con ratas –agregó Huck.

–Si no peleaban es señal de que los problemas sólo te rondan. Pero dejemos eso para

mañana y hoy podemos jugar. ¿Sabes jugar a Robin Hood?

—No; ¿quién es Robin Hood?

—Era uno de los hombres más grandes de Inglaterra. Era un bandido que les robaba a los sheriffs y obispos, a los ricos y a los reyes. Quería mucho a los pobres. Siempre repartía su dinero entre ellos.

Hasta el atardecer jugaron a Robin Hood, mirando de reojo la casa misteriosa.

El sábado, poco después de mediodía, marcharon hacia la casa encantada. Cuando llegaron, sintieron algo fatídico en el silencio que reinaba. Abrieron la puerta y miraron, temblando, hacia el interior. Vieron una habitación en cuyo piso crecía la yerba; todo lucía en ruinas y las telas de arañas colgaban por doquier. Entraron en puntillas, alertos a cualquier ruido y con los músculos listos para huir.

Poco a poco, sus temores disminuyeron y quisieron aventurarse en el piso de arriba. Allí encontraron las mismas señales de abandono.

—¡Chist! —dijo Tom—, cuando se disponían a bajar.

—¿Qué? ¡Ay, Dios! ¡Corramos!

—Quédate quieto, Huck. Vienen hacia la puerta.

Se tendieron en el suelo, aterrados, mirando por los resquicios de las tablas. Entraron dos hombres: uno era el español sordomudo que andaba por el pueblo esos días, y el otro era un extraño, harapiento y sucio. El español se cubría con una manta, tenía una larga barba blanca y llevaba anteojos verdes. Se sentaron en el suelo, de cara a la puerta.

—No —dijo el harapiento—. Lo he pensado bien y no me gusta. Es peligroso.

—¡Peligroso! —exclamó el español “sordomudo”, con gran sorpresa de los muchachos—. ¡Gallina!

Su voz los dejó atónitos: ¡era Joe el Indio! Después de un largo silencio el mestizo dijo:

—No es más peligroso que el golpe de arriba, y nada nos pasó.

–Era diferente, allá no había ninguna casa cerca. Quiero irme luego de esta conejera. Quise irme ayer, pero con esos condenados chicos jugando en lo alto, no podía ni asomar la nariz.

Los “condenados chicos” se estremecieron. Los dos hombres sacaron comida y almorzaron. Luego de un largo silencio Joe dijo:

–Muchacho: tú regresas a tu tierra y ahí me esperas. Daré otra vuelta por el pueblo y daremos el golpe cuando vea que todo esté bien. Después haremos juntos el camino a Texas.

El otro aceptó. Joe bostezó y le ordenó vigilar mientras dormía. Pronto, el centinela cabeceaba y poco después los dos roncaban a la par.

Los chicos intentaron escapar, pero cuando Tom dio el primer paso, las tablas rechinaron y se tuvieron que quedar tendidos en el suelo llenos de espanto. Al atardecer, Joe se despertó.

–¡Vaya vigilante! Te has dormido. Pero no importa, ya es hora de ponernos en marcha, compadre. ¿Qué haremos con la “pasta” que nos queda?

–Enterrarla aquí, como siempre. Es pesado andar con seiscientos cincuenta dólares en plata.

–Sí, puede pasar tiempo antes que demos el golpe. Enterrémoslo bien hondo.

Sacaron del fogón una bolsa, se arrodillaron y Joe comenzó, con su cuchillo, a hacer un hoyo en el suelo. Tom y Huck, olvidando sus temores, seguían fascinados todos los movimientos. Pensaban para sí que era una caza de tesoros excelente y hacían guiños que mostraban su felicidad de encontrarse ahí. De pronto el cuchillo de Joe tropezó con algo: era una caja medio podrida.

–¿Qué es eso? –preguntó su compañero.

–No sé, le rompí un lado. Veré qué hay –metió su mano y la sacó enseguida–. ¡Cristo! ¡Es dinero!

Era un puñado de monedas de oro. Rápidamente desenterraron la caja y Joe ordenó al

otro que buscara algo para abrirla. Regresó con el pico y la pala de los muchachos. Joe tomó el pico, lo examinó, sacudió la cabeza, murmuró algo y comenzó a usarlo. Después ambos hombres admiraban el tesoro.

–Aquí hay miles de dólares –dijo Joe.

–Siempre se dijo que la cuadrilla de Murrel anduvo por aquí. ya no necesitarás dar el golpe.

–Tú no me conoces –dijo el mestizo, con un maligno fulgor en los ojos–. No se trata sólo de un robo: es una venganza, y tú me ayudarás. Ándate a tu casa y prepárate para cuando yo vuelva.

–Bueno. ¿Pero qué haremos con esto?

–No lo vamos a enterrar. Ese pico tiene tierra fresca. ¿Quién trajo aquí esas herramientas, y dónde se ha ido? Lo llevaremos a mi refugio. Lo pondremos en el número dos, bajo la cruz; es un sitio poco conocido.

–Muy bien, ya está oscuro, podemos irnos.

–¿Quién habrá traído esas herramientas? –insistió Joe mirando por la ventana–. ¿Crees que puede estar arriba?

Los muchachos se quedaron sin aliento. Joe estuvo indeciso por unos momentos, y luego se dirigió a las escaleras. Estaban a punto de correr hacia un desván, cuando se oyó un derrumbe, y Joe se desplomó entre las ruinas de la escalera. Se levantó echando juramentos.

–¿De qué sirve? –le dijo su compañero–. ¿Qué nos importa? Si hay alguien y quiere buscar pelea, ya es de noche y que nos siga. Yo creo que el que trajo esas cosas, nos vio y pensó que éramos demonios. Apuesto que aún está corriendo.

Poco después salieron de la casa y se encaminaron hacia el río con su tesoro. Tom y Huck se incorporaron y los siguieron con la vista. Caminaron rumbo al pueblo y hablaron poco: maldecían la mala suerte de haber llevado el pico y la pala; si no, Joe habría enterrado el dinero y ellos lo hubieran tomado. Resolvieron estar alertos para

cuando el falso español volviera a realizar su venganza y seguirle hasta el “número dos”. A Tom se le ocurrió, además, otra idea:

–¿Venganza? ¿Y si fuera de nosotros, Huck?

–¡No digas eso! –exclamó Huck a punto de desmayarse.

Discutieron el asunto y cuando llegaron al pueblo se habían puesto de acuerdo en que la venganza de Joe era para quien había declarado: Tom. ¡Vaya si era consuelo verse solo en el peligro! Estar acompañado sería mejor, pensó.

25

La aventura de ese día perturbó a Tom. En su mente se sucedían imágenes del tesoro; tomaba el dinero en sus manos y éste se evaporaba, y llegó a pensar que todo había sido sólo un sueño. Pensaba que las palabras “cientos”, “miles”, eran solamente expresiones fantásticas y que no existían esas sumas en el mundo. Para acabar con su incertidumbre fue a hablar con Huck. lo encontró chapoteando en el agua, sumido en la melancolía. Decidió que Huck tocara el tema, si no lo hacía sería una clara señal de que se trataba de un sueño.

–Hola Huck.

–Hola –respondió el muchacho, y luego de un largo silencio agregó–: ¡Maldita sea! ¡Si hubiéramos dejado las herramientas en otro lado nos habríamo llevado el dinero!

–¡No es un sueño! –exclamó Tom–. Casi creí que lo de ayer era un sueño. Tenemos que encontrar a Joe y dar con el “número dos”.

–Tom, hemos perdido la oportunidad. Tiemblo de sólo pensar en ese hombre subiendo las escaleras. ¿Qué será el “número dos?”

–No lo sé, tal vez sea el número de una casa, o de un cuarto en una posada. ¡Sí, eso es!

–Aquí hay sólo dos posadas. Vamos a averiguar –dijo, entusiasmado, Huck.

–No, espera hasta que yo vuelva.

A Tom no le gustaba que lo vieran con Huck. Tardó media hora en regresar. Supo que en la mejor posada el número dos estaba ocupado por un joven abogado; pero en la más modesta el cuarto con ese número era un misterio. Estaba siempre cerrado y sólo salía alguien de noche. Tom concluyó que ése era el número tras el cual andaban.

–¿Qué haremos ahora? –preguntó Huck.

–Te lo diré –dijo Tom después de meditar un rato–. La puerta trasera de ese cuarto da a un callejón sin salida, donde hay un nido de ratas. Tenemos que buscar todas las llaves de puertas que podamos, y en la noche las probamos. Y no dejes de estar alerta a Joe. Si lo ves, lo sigues y si no va a ese cuarto, estamos equivocados.

–¡Seguirlo yo solo! Trataré de hacerlo si es de noche, pero me da mucho miedo.

–Huck, tal vez se arrepienta de su venganza y vaya derecho al dinero.

–Tienes razón. ¡Lo seguiré aunque el mundo se hunda!

Los muchachos llevaron a cabo su empresa, pero no tuvieron éxito: no encontraban el momento propicio para efectuarla. Finalmente, la noche del jueves pudieron llegar hasta la

taberna. Se ocultaron en un barril y aguardaron hasta que las luces se apagaron. Nadie había pasado por el callejón. A eso de las doce decidieron incursionar. Tom llevaba una linterna que envolvió en una toalla para alumbrar tenuemente sus pasos. Huck se quedó de centinela y Tom caminó sigiloso por el callejón.

Hacia mucho rato que Tom se había ido y Huck lo esperaba, tenso y asustado. Se fue acercando de a poco al callejón, con el corazón latiéndole aceleradamente. De pronto Tom pasó ante él como un rayo.

—¡Corre! —le dijo—. ¡Sálvate!

Los dos muchachos corrieron sin detenerse hasta llegar a las afueras del pueblo, cerca de un matadero abandonado. Cuando llegaron, estalló una fuerte tormenta y comenzó a llover. Cuando Tom hubo descansado, le contó a Huck:

—¡Fue espantoso! Probé dos llaves con mucha suavidad; pero hacían mucho ruido. Sin darme cuenta, tomé la manilla de la puerta y... ¡se abrió! Entré en puntillas, tiré la toalla, y ¡Dios mío!

—¡Qué! ¿Qué viste, Tom?

—Huck, ¡por poco le piso la mano a Joe el Indio! Estaba dormido como un tronco, en el suelo, con los brazos abiertos. Recogí la toalla y salí disparado.

—¡No! Jamás me hubiera preocupado de la toalla.

—Yo sí, porque si la pierdo mi tía me mata.

—Tom, ¿viste la caja?

—No, ni la cruz. Todo lo que había eran botellas. Lo que pasa es que ese cuarto está “encantado” de whisky.

—Bueno, si Joe está borracho, ésta es la mejor ocasión para llevarnos la caja.

–Mira, Huck, mejor no intentemos nada hasta que Joe salga de ahí. Vigilemos todas las noches y cuando estemos seguros de que no está, entramos y nos llevamos la caja.

–Conforme, yo vigilaré por las noches y tú haces el resto.

–Muy bien. Tú me avisas y si estoy durmiendo, maúllas y me tiras una piedrecita a la ventana y ¡listo!

–Yo dormiré de día en el pajar de Ben Rogers. El tío Jake, el negro de su padre, me quiere porque lo ayudo a acarrear agua, hasta he comido con él, pero no se lo digas a nadie.

–Bueno, si no te necesito en el día dejaré que duermas. No te molestaré.

27

La mañana del viernes trajo una buena noticia para Tom: Becky había regresado de sus vacaciones. Se encontraron y gozaron jugando al escondite con los demás chicos. La felicidad culminó cuando Becky contó que daría una fiesta el día sábado, en el campo, y repartió las invitaciones. Esa noche Tom estuvo despierto hasta muy tarde esperando que Huck maullara para poder asombrar con su tesoro a Becky y a los comensales; pero no hubo señal y su esperanza se frustró.

Al mediodía los chicos se reunieron en la casa del juez, aguardando, alborotados, la marcha. Habían arrendado para la fiesta la barcaza que cruzaba el río y ya la comitiva

llenaba la calle principal, cargada de cestos y provisiones. La última advertencia de la señora Thatcher a Becky fue:

–Volverán tarde. Quizás es mejor que te quedes en casa de alguna de las niñas que viven cerca del embarcadero.

–Me quedaré con Susy Harper, mamá.

–Está bien. Ten cuidado y no hagas problemas.

Poco después, Tom le dijo a Becky:

–Mira, en vez de ir donde Joe Harper, subamos al monte y vamos a la casa de la viuda de Douglas. Casi todos los días toma carretadas de helados. Y se alegrará de que vayamos.

–¡Qué divertido! –exclamó Becky, luego reflexionó y dijo–: ¿Qué dirá mi mamá?... Creo que no está bien...

–¡Tu mamá no lo sabrá! Lo que ella quiere es que estés en un lugar seguro.

Luego que Tom argumentara sobre la hospitalidad de la viuda, Becky se persuadió y aceptó la idea.

La barcaza se detuvo en una ensenada distante algunos kilómetros del pueblo. La multitud bajó a tierra y en pocos momentos el bosque se inundó de risas y gritos. Luego, el cansancio y el apetito los reunieron en torno a las exquisitas provisiones. Tras el banquete, charlaron y descansaron. Por la tarde, fueron de expedición a una caverna llena de galerías y laberintos: correataron y se divirtieron hasta quedar exhaustos. Ya caía el crepúsculo y hacía mucho rato que la campana del barco los estaba llamando.

Huck vio las luces del vapor deslizándose frente al muelle, pero no escuchó ningún ruido: los jóvenes, muertos de cansancio, habían apaciguado su algarabía. La noche estaba muy oscura y a eso de las once el silencio invadió el pueblo. Huck vigiló largo rato y cuando el tedio ya lo vencía, sintió que la puerta del callejón se abría suavemente. Dos hombres pasaron, casi rozándolo. Uno de ellos llevaba una caja bajo

el brazo. Era tarde para avisarle a Tom y Huck decidió seguirlos. Salió de su escondrijo y fue tras ellos con el sigilo de un gato.

Los hombres tomaron la senda del monte Cardiff. Pasaron por la antigua casa del galés, a mitad del monte, y siguieron subiendo. De pronto, Huck los perdió y se detuvo a escuchar. El miedo se apoderó de él. De pronto, oyó una carraspera. Tiritando trató de ubicar desde dónde venía el ruido y se percató de que estaban muy cerca de la entrada de la casa de la viuda de Douglas. Pensó que enterrarían allí la caja.

–¡Maldita mujer! ¡Quizás tenga visitas! Mira las luces –dijo la voz de Joe el Indio.

–No las veo –replicó el otro hombre.

Huck comprendió que la venganza del mestizo era contra la viuda. Pensó huir, pero se acordó de que la mujer había sido siempre buena con él y sintió deseos de prevenirla.

–Sí, ya veo las luces. Mejor dejemos esto, está con gente –volvió a decir el forastero.

–¡Dejarlo ahora que me voy de esta tierra, y quizás no tenga nunca más la ocasión! No me importa su bolsa, puedes quedarte con ella. Su marido me trató mal muchas veces; como juez de paz me condenó por vagabundo ¡y me hizo azotar como a un negro, con todo el pueblo mirándome! ¿Entiendes? El se murió, se fue sin pagármelo; pero cobraré en ella.

–No la mates, no hagas eso.

–¿Quién habla de matar? Cuando hay que vengarse de una mujer se le estropea la cara. ¡No hay más que desgarrarle la nariz y cortarle las orejas! No me importa lo que pienses. Tú tienes que ayudarme, si no, te mato a ti y a ella.

–Bueno, si no hay más remedio hagámoslo, pero cuanto antes mejor. Esto me hace temblar.

–Ahora no, tenemos que esperar que se apaguen las luces. No hay apuro.

Huck comprendió que no podía quedarse por más tiempo allí. Retrocedió y corrió veloz entre los matorrales hasta llegar a la casa del galés. Golpeó la puerta.

–¿Qué significa ese escándalo? ¿Quién es? –preguntó el viejo asomando su cabeza

por una ventana.

–¡Soy Huckleberry Finn! ¡Ábranme! Ya les diré todo.

–¡Huckleberry Finn! No es un nombre que haga abrir puertas; pero veamos qué quiere –le dijo el galés a sus dos hijos.

Una vez adentro, Huck les contó que la viuda de Douglas corría peligro, y les hizo prometer que no dirían a nadie que él se los había dicho. Tres minutos después, el viejo y sus dos hijos, armados, caminaban rumbo a la cumbre. Huck los acompañó hasta allí, y se escondió tras un peñasco. Hubo un largo silencio, luego una detonación y un grito. Dio un brinco y corrió monte abajo como una liebre.

28

Al alba de ese domingo, Huck golpeó la puerta del galés. Le abrieron en seguida y le ofrecieron asiento.

–Espero, muchacho –le dijo el viejo–, que estarás bien y con apetito. Desayuna con nosotros. Pensamos que vendrías a dormir aquí.

–Estaba muy asustado. Huí apenas escuché las detonaciones. Vine porque quería saber qué ocurrió, y lo hice antes que aclarara porque no quería tropezar con esos condenados, aunque estuviesen muertos.

–No, no están muertos. Sabíamos donde encontrarlos por las indicaciones que nos

diste y llegamos a unos metros de donde estaban. En ese momento sentí que iba a estornudar. ¡Suerte perra! Traté en vano de contenerme, y cuando estornudé los canallas arrancaron. Disparamos contra el sitio donde se oyó el ruido, los bandidos corrieron como una exhalación, los perseguimos, pero escaparon disparando un tiro cada uno. Luego abandonamos la caza y fuimos a despertar a los policías. El sheriff hará una batida por el bosque. ¿Tú viste la facha que tenían?

—Sí, yo los seguí desde el pueblo. Uno de ellos es el mudo español y el otro, un harapiento...

—¡Los conocemos! Los hemos visto rondar otras veces por la casa de la viuda. ¡Muchachos, vayan de inmediato a contárselo al sheriff!

—¡Por favor, no digan que yo di el soplo! —les pidió Huck a los muchachos antes que salieran.

—No dirán nada —le dijo el viejo—, ni yo. ¿Por qué no quieres que se sepa?

Huck se extendió en explicaciones que se iban enredando en la medida que hablaba. Lo único que el viejo entendió era que tenía miedo de que esos hombres lo mataran por denunciarlos.

—¿Por qué los seguiste? ¿Parecían sospechosos?

—Yo soy una especie de chico malo. Anoche no podía dormir y pensaba cómo corregirme. Llegué hasta el callejón y me recosté en la pared. En ese momento pasaron esos hombres, con una cosa bajo el brazo. Pensé que la habían robado. Iban fumando y por eso les vi las caras. Los seguí hasta la entrada de la casa de la viuda y ahí escuché que el español juraba que le cortaría...

—¿Cómo? ¡El mudo hablando! —y al ver que Huck trataba de salir del atolladero, agregó—: Muchacho, no tengas miedo, te protegeré. Dime todo lo que sabes.

—No es español... ¡es Joe el Indio!

–Ahora entiendo todo. Cuando dijiste lo de cortar las orejas, creí que era de tu cosecha, porque los blancos no hacen tales venganzas. ¡Pero un indio! Eso ya es distinto.

El viejo le contó que antes de acostarse, con sus hijos había examinado la entrada de la casa de la viuda y encontraron un bulto.

–¿De qué? –preguntó atolondrado Huck.

–De herramientas. Pero ¿qué es lo que te pasa? ¿Qué creías que había en el bulto?

–Catecismos, quizás –dijo Huck luego de una pausa en la que se dio cuenta de que se había portado como un asno, dejando traslucir su nerviosismo.

El viejo soltó una carcajada y le dijo a Huck que se fuera a descansar.

Cuando terminaron el desayuno, llamaron a la puerta. Huck se levantó de un salto y se escondió. Entraron varios señores y señoras, entre éstas la viuda de Douglas. La noticia se había propagado por el pueblo. El galés relató los sucesos a los visitantes. La viuda no se cansaba de agradecer a los que la habían salvado. El viejo dejó entrever que no sólo a él y a sus hijos debía agradecer, sino a alguien más que quería quedar en el anonimato. Esto suscitó más interés que el propio

hecho; pero el galés los dejó curiosos y no descubrió el secreto. Llegaron más y más visitantes y hubo de recontar la historia durante varias horas.

En las vacaciones no había escuela dominical; pero todos fueron temprano a la iglesia y comentaron lo acaecido en la noche. Al finalizar el sermón, el juez Thatcher se acercó a la señora Harper.

–¿Becky dormirá todo el día? –le preguntó–. Supongo que estará muerta de cansancio.

–¿Su Becky? Ella no pasó la noche en mi casa, señor.

La esposa del juez se dejó caer sobre un banco, justo cuando pasaba tía Polly hablando con una amiga.

–Buenos días –dijo–. Tom no aparece, imagino que se quedó a dormir en la casa de uno de ustedes y no se atrevió a venir a la iglesia.

La madre de Becky, pálida, negó con la cabeza. Lo mismo hicieron los demás. La gente que salía se iba deteniendo. Los cuchicheos crecían. Se interrogó a los niños y a los instructores. Ninguno había reparado si Becky y Tom estaban en el vapor al regreso. Un chico dejó escapar su temor de que estuvieran aún en la caverna. La madre de Becky se desmayó y tía Polly rompió a llorar.

La alarma corrió por todo el pueblo. Los sucesos en el monte Cardiff pasaron a un segundo plano y nadie se acordaba de los malhechores. Antes de media hora, doscientos hombres iban a caballo, en la barcaza y a pie hacia la caverna. La tía Polly y la señora Thatcher estaban como locas. El juez les enviaba recados para animarlas; pero ninguno les devolvía las esperanzas.

El galés regresó a su casa al amanecer, agotado y cubierto de barro. Huck estaba en la cama, delirando de fiebre. Todos los médicos se hallaban en la caverna y la viuda de Douglas cuidaba al paciente.

Los hombres habían registrado minuciosamente los laberintos de la cueva, explorando sitios desconocidos. Lejos de donde solían ir los turistas encontraron los nombres de Tom y Becky, escritos con humo, y a cierta distancia, un trozo de cinta manchada. La señora Thatcher reconoció que era de su hija y dijo, entre lágrimas, que ése sería el único recuerdo que tendría de Becky, pues era lo último que había dejado antes de su horrible fin.

Pasaron tres días y tres noches abrumadores y lentos. Ya nadie tenía ánimos ni esperanzas. El descubrimiento casual de que el dueño de la posada escondía licores no le interesó a la gente. En un momento de lucidez, Huck se incorporó bruscamente de la cama y preguntó a la viuda qué ocurría en el pueblo.

–Descubrieron bebidas –le contó– y han cerrado la posada. Descansa, hijo ¡me asustaste!

–Dígame sólo una cosa, por favor, ¿las encontró Tom Sawyer?

–Calla, calla –le dijo llorando la viuda–. No hables, ya te dije que estás muy enfermo.

“Han encontrado sólo licores –pensó Huck–, si hubiera sido el oro habría un escándalo. ¡Perdimos el tesoro! ¡Qué raro que ella lllore así”. Fatigado por tales pensamientos, se quedó dormido.

29

¿Cuáles fueron las aventuras de Tom y Becky en la caverna? Corretearon con los demás excursionistas por los laberintos, jugaron al escondite y se maravillaron de todo lo que vieron. Caminaron, iluminados por una vela, y charlaron mirando los nombres inscritos en los muros, hasta que llegaron a un sitio en donde no había inscripciones. Escribieron sus nombres allí y luego llegaron a un lugar donde una pequeña corriente de agua había formado una diminuta cascada. Tom se deslizó por detrás de ella y vio que había una empinada escalera natural encerrada entre dos muros.

Invitó a Becky a explorar.

Se internaron por una multitud de laberintos y llegaron a un manantial, en una caverna cuyo techo parecía sostenido por fantásticos pilares formados por estalactitas y estalagmitas. Bajo el techo colgaban racimos de murciélagos que al ver la luz, volaron, chillando, hacia ella. Tom tomó la mano de Becky y la arrastró hacia una abertura; pero un murciélago apagó la vela de un aletazo. Huyeron entre los pasadizos y los murciélagos los siguieron un largo trecho.

Después, Tom encontró un lago y quiso explorarlo: pero antes había que descansar. Por primera vez, la profunda quietud del lugar bajó sus ánimos.

–Hace mucho rato que no oímos a los demás. Tom, volvamos –pidió Becky asustada.

–Sí, es mejor –replicó Tom–. Creo que podré encontrar el camino; pero lo malo son los murciélagos. Si nos apagan las dos velas, tendríamos problemas. Veamos si podemos irnos por otra parte.

Caminaron largo rato en silencio por una galería, luego por otra. Becky luchaba por contener las lágrimas. Al fin, dijo:

–¡Tom! ¡No importan los murciélagos! Volvamos por el mismo camino. Parece que estamos perdidos.

–¡Escucha! –exclamó Tom deteniéndose.

El silencio era sepulcral. Tom gritó. El grito fue despertando ecos por las galerías y se desvaneció en un rumor que parecía una risa burlona.

–¡No lo vuelvas a hacer, Tom! ¡Es horrible!

–Sí, pero tengo que hacerlo, tal vez nos puedan oír.

Los muchachos iban perdiendo las esperanzas. Regresaron apresurados. De pronto Becky notó indecisión en los pasos de Tom.

–¡No dejaste ninguna señal!

–Becky, ¡he sido un idiota! No doy con el camino.

–¡Estamos perdidos! ¡No saldremos nunca de este horror! –dijo la muchacha y se echó al suelo llorando.

Tom la abrazó y le pidió que se calmara. Se culpó y se insultó a sí mismo por haber sido tan necio. Becky se tranquilizó y prometió que lo iba a seguir, pues ella era tan culpable como él.

Se pusieron en marcha, caminando al azar. Era lo único que podían hacer. Después, Tom, aunque tenía otras velas en su bolsillo, apagó la de Becky para economizar. Pasaron varias horas y el cansancio los obligó a tenderse, Becky se durmió y Tom la

contempló.

–¡No sé cómo he podido dormir! –dijo la muchacha casi llorando–. ¡Ojalá no hubiera despertado nunca! No, Tom, no me mires así. No lo diré nunca más. Caminemos otra vez. ¡Soñé con un país tan bonito! Me parece que allí iremos.

–Ojalá, Becky. Ten valor y sigamos buscando.

Se levantaron y caminaron. Pasó mucho rato y los muchachos estaban descorazonados. Tom dijo que debían ir en silencio para escuchar los goteos del agua. Encontraron un manantial y descansaron.

–Tom, tengo hambre –dijo Becky.

–¿Te acuerdas de esto? –preguntó el muchacho, sacando algo del bolsillo.

–Es nuestro pastel de boda. Lo separé del almuerzo para que jugásemos con él.

Tom partió en dos el pastel. Becky comió su parte en un segundo, y Tom apenas mordisqueó la suya. Bebieron agua fresca. Tom guardaba silencio.

–Becky –dijo al fin, tengo que decirte algo: deberemos quedarnos aquí, donde hay agua. Sólo nos queda este cabito de vela.

La muchacha lloró y se lamentó, mientras Tom intentaba consolarla.

–Tom, nos buscarán, ¿no es cierto?

–Espero que sí. Nos echarán de menos cuando vuelvan a la barca.

–Pero será de noche. ¿Notarán que no estamos?

–No sé. Pero tu madre te echará de menos cuando vuelvan al pueblo.

La angustia se pintó en los ojos de la chica y Tom se dio cuenta de su error: Becky no dormiría esa noche en su casa. La explosión de llanto de la niña le hizo saber que ella tenía el mismo pensamiento. Los muchachos permanecieron mudos, mirando cómo se extinguía el cabo, hasta que se sumieron en el horror de la más absoluta oscuridad.

Ninguno de los dos supo cuánto tiempo había pasado desde que Becky recobró poco a poco los sentidos y se encontró llorando en los brazos de Tom. Habían caído en el sopor, durante un intervalo larguísimo, y se despertaron con la misma angustia de

antes. Tom aseguró que ya habrían notado su ausencia, y que los andarían buscando. Gritó, pero los ecos resonaron tan siniestramente que no volvió a intentarlo. Las horas siguieron pasando. De pronto, Tom escuchó un débil y remoto grito. Contestó de inmediato. Caminaron a tientas por la galería, tomados de la mano, hacia aquella dirección. Otra vez se escuchó el grito, ahora más cercano.

—¡Son ellos! —exclamó Tom—. ¡Corre, Becky! ¡Estamos salvados!

La alegría los enloquecía. Pero tuvieron que avanzar despacio, sorteando hoyos y despeñaderos. Un momento después dejaron de sentir los gritos. Tom vociferó hasta quedar ronco. ¡Todo había sido un engaño! Volvieron al manantial entre las tinieblas. El tiempo siguió pasando. Volvieron a dormir y a despertarse hambrientos y despavoridos. Tom creía que ya debía ser martes.

Se le ocurrió que más valía la pena explorar, tratando de buscar la salida, que soportar, ociosos, el paso del tiempo. Ataron el hilo de una cometa, que Tom traía en sus bolsillos, a una roca y avanzaron soltando el ovillo a medida que caminaban. A los pocos pasos, la galería terminaba en un corte vertical. Tom se arrodilló para palpar el corte, y fue deslizando su mano hacia el muro. En ese instante, a pocos metros, apareció una mano sosteniendo una vela detrás de un peñasco. Tom lanzó un grito de alegría; enseguida vio el cuerpo de quien sostenía la vela... ¡era Joe el Indio! Se quedó paralizado y después percibió, con enorme placer, que el “español” desaparecía de su vista.

No entendió por qué el mestizo no lo quiso matar, tal vez, pensó, el eco desfiguró su voz y no lo reconoció. No le contó a Becky lo que había ocurrido y le dijo que había gritado por probar suerte. Regresaron al manantial y siguieron en la horrible espera, durmiendo y despertando, acosados por el hambre. Tom decidió nuevamente salir a explorar otras galerías. Becky no quiso acompañarlo, sumida en una apatía mortal. Le dijo que volviera de vez en cuando para hablarle, y que cuando llegara el momento fatal le tomara la mano hasta que todo terminase. Tom, con un nudo en la garganta, la

besó y trató de darle esperanzas. Empezó a andar a gatas por otro túnel, martirizado por el hambre y agobiado por los presentimientos de un desenlace fatal.

30

El martes por la noche el pueblo de San Petersburgo guardaba un recogimiento fúnebre. La mayor parte de los exploradores habían abandonado la tarea, dando por desaparecidos a los muchachos. La madre de Becky estaba gravemente enferma y deliraba con frecuencia. Tía Polly había caído en una taciturna melancolía y sus cabellos se habían vuelto completamente blancos.

A eso de las doce, las campanas de la iglesia repiquetearon frenéticamente, y en un instante las calles del pueblo se repletaron de gente alborotada que gritaba: “¡Arriba! ¡Arriba! ¡Ya han aparecido! ¡Los han encontrado!” El pueblo se iluminó y nadie pensó en ir a dormir: era la noche más memorable en los anales de ese apartado lugar.

Una procesión de vecinos desfiló por la casa del juez Thatcher, abrazando y besando a los muchachos. La dicha de la madre de Becky y de tía Polly era completa. Enviaron a un mensajero a dar la noticia al juez, que aún permanecía en la caverna con otros hombres.

Tom, tendido en un sofá, rodeado de un impaciente auditorio, contó la tremenda aventura. Terminó relatando cómo había dejado a Becky y había explorado dos galerías

más y que, cuando estaba a punto de volver, vio un puntito remoto de luz. Avanzó hasta allí y asomándose por el agujero se encontró con el ondulante Misisipí. Al regresar donde Becky, ésta no le creyó y le dijo que moriría ahí. Le costó convencerla, hasta que por fin marcharon juntos y la alegría de ella fue indecible cuando vio la luz y el río. Se sentaron a llorar de gozo y pasaron unos hombres en un bote. Estos los llevaron a su casa, muchos kilómetros lejos del pueblo; les dieron alimentos, les hicieron descansar y casi al anochecer los acompañaron de regreso a casa.

Tom y Becky estuvieron en cama los días siguientes. El muchacho se sintió aliviado el jueves, y ya el sábado estaba completamente recuperado. Becky seguía en cama y cuando se levantó parecía convaleciente de una larga enfermedad.

Tom se enteró de que Huck estaba enfermo y lo visitó todos los días, con la expresa prohibición de no contar su aventura ni hablarle de nada que pudiera excitarlo. Por la viuda de Douglas se enteró de lo ocurrido en el monte Cardiff y que el cadáver del harapiento había sido encontrado junto al río: se había ahogado al tratar de escapar.

Cuando Huck se recuperó, Tom decidió hablar con él. Antes de ir a verlo pasó a visitar a Becky. El juez y algunos de sus amigos se encontraban en casa. Uno le preguntó irónicamente si volvería a la caverna y Tom asintió diciendo que le encantaría.

–Mira, no eres tú el único –le dijo el juez–. Por eso ya lo pensamos y nadie volverá a perderse en esa cueva.

–¿Por qué?

–Porque hice forrar la puerta con chapa de acero y le puse tres cerraduras. Y yo tengo las llaves.

Tom se puso blanco como el papel.

–¿Qué te pasa, muchacho? ¡Rápido, que traigan agua! –y después dijo rociándole la cara–: Ya estás mejor. ¿Qué te ocurrió, Tom?

–¡Señor juez, Joe el Indio está en la cueva!

En pocos minutos cundió la noticia y una docena de botes estaba en marcha. Tom iba junto al juez. Al abrir la puerta de la caverna vieron un sórdido espectáculo: Joe el Indio yacía muerto, con la cara pegada a la juntura de la puerta. Tom, al principio, se conmovió, pero al mismo tiempo sintió una gran liberación: el miedo al mestizo ya no lo rondaría nunca más.

Joe había intentado abrir huecos con su navaja, se había alimentado de las sobras dejadas por los excursionistas y aun había cazado algunos murciélagos, devorándolos sin dejar más que las uñas. El mestizo había muerto de hambre.

Joe el Indio fue enterrado cerca de la boca de la cueva; la gente acudió al acto en botes, cargados de comida, y confesaban que lo habían pasado tan bien como si lo hubieran visto ahorcar. El entierro impidió que la petición de indulto en favor del mestizo prosperara. Muchas mujeres habían ido llorando a solicitar el perdón al gobernador. ¿Qué importaba que Joe el Indio hubiera asesinado a cinco personas de la localidad? Si se tratara del mismo Satanás, habría gente de corazón tierno que firmaría su perdón.

Después del entierro Tom y Huck se juntaron a conversar de sus asuntos.

—¿Por qué denunciaste al dueño de la posada?

-No, Huck, no lo hice -le dijo Tom-. ¿No recuerdas que tú ibas a estar ahí esa noche?
-¡Verdad! Parece que hace años de eso. Fue la noche en que seguí a Joe hasta la casa de la viuda. Pero no le digas a nadie, tal vez tenga amigos que se venguen de mí. Huck le contó a su compañero todos los detalles de su aventura, y luego le dijo-: Bueno, volviendo a lo principal, el que se llevó el whisky se llevó también el dinero, y nunca más lo veremos.

-Huck, el dinero jamás estuvo en el número dos. Está en la cueva.

-Tom, vuelve a decirlo, no te creo.

-Está en la cueva. ¿Quieres venir y ayudarme a sacarlo?

-Por supuesto. Cuando quieras, si está en un lugar donde no nos perdamos.

-Lo haremos muy fácilmente. Si lo encontramos, prometo darte mi tambor y todo lo que poseo. ¿Tienes fuerzas suficientes para ir hoy?

-¿Está muy dentro de la cueva? Hace cuatro días que estoy en pie, creo que podría caminar unos kilómetros.

-Es lejos, pero sólo yo conozco un atajo. Iremos en bote y yo remaré.

-Vamos enseguida, Tom.

-Necesitamos pan y algo de comida, las pipas, dos o tres hilos de cometas, algunos fósforos y un par de bolsas.







Cerca del mediodía los muchachos llegaron al lugar. Desembarcaron y trabajosamente se introdujeron por el boquete. Ataron las cuerdas y prosiguieron la marcha. Llegaron al manantial y caminaron hasta la galería cortada a pico. Allí vieron que no era un precipicio sino un corte de unos pocos metros. Al iluminar el sitio, Huck vio un cruz.

–Allí vi a Joe el Indio sacar la mano con una vela –dijo Tom.

–¡Escapemos, Tom! Seguro que el alma del mestizo anda por aquí.

–¿Y dejar el tesoro? No, Huck. El alma estará en el lugar en que murió, y eso está muy lejos –y después de meditar un rato Tom dijo–: Además, no puede rondar donde está el signo de la cruz.

Ese argumento convenció a Huck y despejó de temores al mismo Tom. Bajaron y recorrieron el sitio sin ningún resultado.

–Él dijo –habló Tom– “bajo la cruz”. Entonces, tendremos que cavar.

Los dos muchachos escarbaron con sus manos. Al rato, descubrieron unas tablas que ocultaban una ancha grieta natural. Descendieron alumbrados por una vela, caminaron un poco y Tom exclamó:

–¡Huck, Huck! ¡Mira!

La caja del tesoro estaba colocada en una cueva pequeña, al lado de un barril de pólvora y de unos fusiles.

–¡Ya lo tenemos! –gritó Huck hundiendo sus manos en las monedas de oro–. ¡Somos ricos!

Echaron las monedas en los sacos y los subieron hasta la roca donde estaba la cruz.

–Vamos ahora a buscar las otras cosas –dijo Huck.

-No, las dejaremos ahí. Las necesitaremos cuando nos dediquemos al bandidaje. Allí celebraremos nuestras orgías, es un sitio ideal.

-¿Qué son las orgías?

-No lo sé, pero los bandidos siempre las tienen. Vamos andando, que se hace tarde. Comeremos y fumaremos en el bote.





Desembarcaron al atardecer, cuidando que nadie los viera.

–Huck, esconderemos el tesoro en la leñera de la viuda de Douglas y por la mañana nos lo repartiremos. Después buscaremos en el bosque un sitio donde esté seguro. Tú, cuida los sacos, mientras voy por el carrito de Benny Taylor.

A poco volvió con el carro, pusieron los sacos y los taparon con unos trapos. Echaron a andar. Cuando llegaron cerca de la casa del galés, éste salió a la puerta y preguntó quién andaba.

–Huck y Tom Sawyer.

–¡Magnífico! Vengan conmigo. Están haciendo esperar a todos. Yo les llevaré el carro, parece que es muy pesado. ¡De prisa, muchachos! ¿Qué llevan?

–Metal viejo –contestó Tom y añadió–: ¿por qué tanto apuro?

–No se preocupen, ya lo sabrán cuando lleguemos a la casa de la viuda.

Huck y Tom entraron al salón profusamente iluminado de la viuda y vieron que toda la gente de cierta importancia estaba allí: los Thatcher, los Harper, los Rogers, tía Polly, Sid, Mary, el pastor, el director del periódico y otros más, todos elegantemente vestidos. La viuda recibió a los muchachos con suma amabilidad, los condujo a un cuarto y les dijo:

–Ahora, lávense y vístanse. Ahí tienen dos trajes nuevos, camisas, calcetines, todo completo. Son de Huck. No me des las gracias. El señor Jones los ha comprado. Vístanse luego y cuando estén listos van al salón –y se marchó.

32

–Si encontramos una soga, nos podemos descolgar –dijo Huck–. No estoy hecho para esta clase de gente. No lo puedo aguantar. Yo no bajo, Tom.

–Está bien, a mí me importa un pito. Estoy contigo.

En ese momento apareció Sid.

–Tom –dijo–, la tía te ha esperado toda la tarde y Mary ya había sacado tu traje de

domingo. ¿No es esperma y barro lo que tienes en la ropa?

–Sid, no te metas en lo que no te importa. Oye, ¿qué es lo que pasa aquí?

–Es una de las fiestas que siempre está dando la viuda. Ahora es para agradecer al señor Jones y a sus hijos por haberla salvado. Y el señor Jones se guarda un secreto, que por lo demás todos saben. Por eso quería que Huck estuviera aquí.

–¿Qué secreto, Sid?

–El que Huck siguió a los ladrones. Me imagino que el señor Jones presumirá mucho con su sorpresa, pero le va a fallar –dijo Sid muy satisfecho.

–Sid, ¿lo dijiste tú?

–No importa. Alguien lo dijo.

–Sólo hay alguien tan bajo para eso: tú. No puedes soportar que elogien a nadie. Como dice la viuda, toma y “no des las gracias” –y Tom sacudió a Sid con un par de palmadas y lo llevó hasta la puerta a puntapiés.

Poco después, los invitados de la viuda estaban cenando en la mesa y una docena de chiquillos lo hacían en mesitas laterales. El señor Jones pronunció su discursito y disparó el secreto de la participación de Huck en la aventura. Todos fingieron asombro y la viuda elogió con gratitud a Huck, que sufría no sólo por el traje sino por las miradas que hacían blanco en su persona.

La viuda dijo que albergaría a Huck y que le daría educación hasta que él pudiera ganarse modestamente la vida. La ocasión era única, y Tom la aprovechó:

–Huck no lo necesita –dijo–, es rico –y como siguiera un silencio embarazoso, que contenía las risas de los comensales, añadió–: Puede que no lo crean, pero tiene dinero a montones. No se rían. Yo se los demostraré –y salió corriendo del comedor ante la perplejidad de todos.

Luego, Tom entró abrumado por el peso de los sacos, y derramó un montón de monedas amarillas encima de la mesa.

–¿Qué les había dicho? La mitad es de Huck y la otra es mía.

El espectáculo dejó sin aliento a los invitados. Después pidieron explicaciones. Tom relató fluidamente los hechos y nadie se atrevió a interrumpirlo. Al finalizar, el señor Jones dijo:

–Yo creía que tenía una sorpresa, pero al lado de esto es nada. Tengo que confesarlo.

Contaron el dinero. Ascendía a doce mil dólares. Ninguno de los presentes había visto junta una cantidad semejante, aunque algunos poseían mayor riqueza en propiedades.

33

La inesperada fortuna de Tom y Huck conmocionó al pueblito de San Petersburgo. Aquella enorme suma parecía increíble. Se habló, se soñó y se magnificó su cuantía y no faltaron quienes se pusieron a buscar tesoros, tabla por tabla, en las casas encantadas de los alrededores. En cualquier lugar donde se presentaban los muchachos, eran agasajados y admirados y se consideraba notable todo lo que decían. El periódico de la localidad publicó sus biografías, recopilando datos de su historia que los presentaban con señales de rara originalidad.

El dinero de Tom y Huck fue colocado, por el juez Thatcher y la viuda de Douglas, en un sistema de ahorro con intereses. Ambos tenían una renta prodigiosa para un chico: un dólar por cada día de la semana y medio por cada domingo, durante todo el año.

El padre de Becky estimaba a Tom. Decía que un muchacho cualquiera no hubiera

salvado a su hija de la cueva. También estaba enterado de la mentira que Tom había dicho en la

escuela para evitar que castigasen a Becky. El juez esperaba que Tom fuera un militar o un gran abogado y declaró que haría todo lo posible para que el chico tuviera las oportunidades de lograr esas carreras.

Las riquezas y el hecho de estar bajo la protección de la viuda arrastraron a Huck hacia la buena sociedad y sus sufrimientos fueron enormes: los criados lo vestían y cepillaban su ropa; tenía que comer con tenedor y cuchillo; usar plato, servilleta y copa; tenía que estudiar e ir a la iglesia; hablar con corrección. Las rejas y grilletes de la civilización lo ataban de pies y manos.

Soportó, estoicamente, sus angustias durante tres semanas y desapareció. La viuda lo buscó por todas partes, la gente del pueblo registró por todos lados. Al tercer día, Tom lo encontró cerca del matadero. Huck había dormido allí, acababa de desayunar cosas que había robado, y estaba tendido fumando su pipa. Lucía sucio y despeinado, con sus antiguos harapos; pero su rostro era de placer. Tom trató de convencerlo de que regresara a casa.

–No me hables de eso, Tom –le dijo poniéndose sombrío–. He hecho la prueba y no es para mí. La viuda es buena, pero no la soporto. Todos los días me hace levantar a la misma hora; hace que me laven; no me deja dormir en la leñera; tengo que ir a la iglesia y sudar y sudar, ¡no resisto esos sermones! Todo se hace con un orden tan atroz que no hay quien lo resista.

–Pero, Huck, todo el mundo vive así.

–Yo no soy todo el mundo, y no aguanto esa vida. Tenía que largarme, Tom. No había otro remedio. Ser rico no es lo que la gente cree. Ser rico es reventarse y sudar, y querer morirse cuanto antes. En cambio, esta ropa es de mi gusto, este lugar es de mi gusto, y no voy a dejarlos. Si no hubiera sido por ese dinero, no hubiera tenido que soportar estas desgracias. Anda y toma mi parte, me das unas monedas de vez en

cuando y le dices a la viuda que me deje libre.

–Huck, no puedo hacer eso. Pienso que si haces la prueba por un poco más de tiempo, empezará a gustarte.

–¡Gustarme! No, Tom. No quiero ser rico y no quiero vivir en esas malditas casas donde uno se ahoga. A mí me gustan las arboledas y el río. ¡Maldita sea! ¡Ahora que teníamos todo para ser bandidos, pasa esta tontería y lo echa a perder!

–Mira, Huck. El ser rico no me va a quitar ser bandido.

–¿En serio, Tom?

–Muy en serio, Huck, no te podemos admitir en la banda si no vives decentemente.

–¿No me admitirán, Tom? Pero tú me dejaste ser pirata.

–Sí, pero un bandido no es lo mismo que un pirata. Un bandido es de más tono. En muchos países son de la nobleza. Yo te dejaría, pero la gente diría: “En la banda de Tom Sawyer hay personas de malos antecedentes”.

–Bueno –dijo Huck después de pensar un rato–. Volveré por un mes con la viuda, veré si lo aguanto; pero tienes que admitirme en tu banda.

–¡Trato hecho, Huck! Ven conmigo, compadre, y le diré a la viuda que te dé más libertad. Esta misma noche nos reuniremos y celebraremos la iniciación.

–¿Qué es la iniciación?

–Es jurar que nos defenderemos y no diremos los secretos de la banda, y matar a cualquiera que le haga daño a uno de nosotros. Todos los juramentos hay que hacerlos a medianoche, sobre la caja de un muerto y firmados con sangre.

–¡De primera! Es mucho mejor que piratear. No me apartaré de la viuda hasta que me pudra y si llego a ser un buen bandido, ella estará orgullosa de haberme recogido en la calle.

Como ésta es la historia de un joven, termina aquí. El que escribe una novela de personas mayores sabe dónde finalizarla: en una boda; pero cuando escribe de chiquillos, tiene que detenerse donde parezca mejor.

Muchos de los personajes de este libro viven aún, prósperos y felices. Tal vez, algún día valga la pena reanudar la historia y ver en qué clase de hombres y mujeres se convirtieron. Por ahora, lo más prudente es no revelar nada de esa parte de sus vidas.